

# Descripciones de jardines y paisajes en la literatura griega antigua\*

Marcos MARTÍNEZ

Universidad Complutense de Madrid

## RESUMEN

En este artículo se hace un estudio de los jardines, paisajes y lugares amenos en la literatura griega, desde Homero hasta los autores bizantinos, estableciendo una tipología general de los jardines en catorce grupos.

**Palabras clave:** Jardines, paisaje, *locus amoenus*, literatura griega antigua, literatura bizantina.

## ABSTRACT

In this article we study the gardens, landscapes and pleasant places of the ancient greek literature, from Homer up to the byzantine authors, and we make a general typology of the greek gardens.

**Key words:** Gardens, landscapes, *locus amoenus*, ancient greek literature, byzantine literature, typology.

## INTRODUCCIÓN

Quisiera dirigir mis primeras palabras a los organizadores del presente Congreso Internacional sobre «Jardines del Mundo» por su amable invitación a participar en él. Aprovecharemos esta oportunidad para hablar de los jardines y paisajes en un dominio propio de nuestro quehacer científico: la literatura griega antigua. Como vamos a comprobar a continuación, se trata de una literatura, la primera en la cultura occidental, muy rica en descripciones y noticias de todo tipo sobre el tema que nos ocupa. Precisamente uno de los objetivos primordiales del presente trabajo ha sido el de organizar y clasificar todo ese arsenal de información sobre jardines que podemos encontrar en los textos griegos. Pensamos que nuestra tipología de los jardines griegos que aquí presentamos es más completa y detallada que otras que se han propuesto hasta ahora (como, por ejemplo, la que se puede encontrar en obras como las de Motte, 1972, Grimal, 1969 o Ferriolo, 1989). Pero antes de proceder a su exposición vamos a abordar algunas cuestiones previas de carácter general.

1. La celebración de este Congreso no ha podido ser más oportuna, pues, como afirma M. Baridon (2004), «es la hora de los jardines». Lo cual es fácil de

---

\* Ponencia presentada en el Congreso Internacional «Jardins do Mundo» celebrado en Funchal (Madeira) del 9 al 12 de mayo de 2007.

comprobar con sólo echar una mirada a los escaparates de las librerías donde se amontonan los libros y revistas sobre ellos, muchas veces acompañados de bellísimas ilustraciones (de lo que es un buen ejemplo el libro de P. Conran, 1998). Una buena selección de esta bibliografía la recogemos en nuestras referencias bibliográficas, de las que destacaríamos aquí la excelente monografía de Segura Munguía (2005). En todas las épocas de la historia, desde que se levantaron las primeras ciudades y las consiguientes arquitecturas, el ser humano se ha afanado por dedicar espacios a parques y jardines en calidad de complementos, muchas veces decorativos, de tales construcciones, con lo que se ha querido paliar el progresivo alejamiento de la naturaleza que ellas conllevan (*cf.* Pérez Parejo, 2002). En este sentido puede decirse que los jardines son una faceta estética de la Naturaleza (Segura Munguía, 2005, 11) a lo que podría añadirse que también son el producto del ocio. Pero esto no sería más que una primera visión, más bien superficial, del jardín como lugar donde crecen plantas y frutas, con su espacio de sombra y frescura. Un jardín es mucho más profundo que todo eso, ya que estamos de acuerdo con Añón Feliu (1996) cuando sostiene que los jardines son el reflejo de la cultura y tradición de un pueblo, en cuyo estudio confluye una serie de disciplinas, como la Filosofía, la Historia, la Literatura, la Botánica, la Simbología, el Arte, la Geología, etc., que amplían considerablemente nuestra inicial visión de los jardines (*cf.* J. Elkins, 1993). Ello quiere decir que los jardines no pueden estudiarse desconectados de las gentes que los hicieron (D. Clifford, 1970, 15) y en nuestro caso entendemos nuestro trabajo como una modesta contribución al conocimiento de una atractiva faceta de la cultura de la antigua Grecia.

2. La terminología griega para lo que nosotros entendemos como jardín es riquísima, lo que denota la variedad de matices que el concepto podía encerrar. El término más común para los lugares de los que vamos a hablar seguidamente es el de *kepos*, pero pueden encontrarse igualmente términos como el de *leimón* (pradera), *témenos* (recinto sagrado de un templo), *álsos* (bosque o bosquecillo), *órchatos* (cercado de árboles), *chórtos* (lugar cercado, de donde procede el latín *hortus*, huerto), *aloé* (terreno cultivado, rico en árboles y flores, vergel), *nomós* (prado), *hérkos* (recinto cerrado) y *parádeisos* (parque), de donde procede nuestro término «paraíso», que los griegos adaptaron del antiguo iranio, concretamente del avéstico *pairidaeza* que viene a significar «recinto circular (*pairi-* equivale al *peri-* griego, «alrededor» y *-daiza* equivale al griego «pared»). Nuestra voz «jardín» deriva en definitiva del indoeuropeo *gher / ghort*, «seto», «cercado», de donde salen derivados franceses (*jart*), alemanes (*gart*) e ingleses (*yard*), entre otros. El español *jardín* procede de su homónimo francés *jardin*, que, a su vez, procede del diminutivo del antiguo francés *jart* «huerto» (*cf.* Segura Munguía, 2005, 19 y A. van Erp, 1986).
3. A nuestro entender, el concepto que puede englobar todos los anteriormente citados es el que encierra la expresión latina *locus amoenus*, «paisaje ameno»,

que desde los comienzos de las literaturas griega y latina es el motivo central de todas las descripciones de la naturaleza y paisajes ideales (cf. G. Schönbeck, 1962). Como tópico heredado de la literatura clásica, el *locus amoenus* se puede definir como «un bello y umbrío paraje en el que no pueden faltar, como elementos esenciales, uno o varios árboles, un prado y una fuente o arroyo, a los que pueden unirse el canto de las aves, la brisa refrescante del verano y la presencia de las flores, regalando los sentidos con su perfume y diversificado cromatismo» (Estévez Calderón, 1996, 638 y Curtius, 1955, 280). Isidoro de Sevilla, en sus *Etimologías*, XIV, 33 añadía a lo dicho que se califican de «amenos» a ciertos lugares porque sólo invitan al amor e inducen a amarlos (*amare*). Lo cual podría confirmarse con el primer ejemplo clásico de descripción de este tipo, que, según los estudiosos, encontramos en la obra de Petronio, *El Satiricón*, 131, donde se lee lo siguiente:

Había derramado sus sombras veraniegas el plátano ondulante, y con él también el laurel coronado de bayas, y el tembloroso ciprés, y los pinos bien podados con su copa estremecida. Entre el arbolado jugueteaban las aguas caprichosas de un arroyo espumoso que arrastraba piedrecillas en sus plañideras ondas. Digno marco del amor: díganlo si no el ruiseñor del bosque y la golondrina de querencias ciudadanas que, describiendo círculos sobre el césped y las tierras violetas, animaban los campos con sus trinos (Trad. de L. Rubio).

A la vista de semejante descripción, uno puede preguntarse en definitiva qué cosas hacen falta para un paraje placentero. La respuesta la encontramos en Curtius, 1955, 268: una sombra, un árbol o grupo de árboles, una fuente o arroyo que refresque y una alfombra de césped donde reclinarse.

4. La descripción de jardines y paisajes era materia propia de la *Retórica* antigua. Así, por ejemplo, Hermógenes, un retor del siglo III d. C., en su obra *Sobre las formas de estilo*, 331, sostiene que «describir la belleza de un lugar, diversas plantas, variedades de ríos y similares, produce placer a los ojos al ser vistos, y a los oídos, cuando alguien los expone». Otro retórico griego de un siglo posterior, el sirio Libanio, en sus *Progymnasmata (Ejercicios de Retórica)*, IV, 1077-1078, trata de la descripción de un jardín, poniendo como modelo el famoso jardín de los Feacios que encontramos en Homero: «Felices eran los Feacios no porque procedieran de los dioses, sino porque estimaban sobre todo las plantaciones de jardines. La felicidad de los Feacios era reconocida precisamente por estas plantaciones». Luego continúa Libanio aludiendo a los elementos propios de todo jardín: plantas de todo tipo (olmos, álamos, etc.), viñas, higueras, manzanos, una fuente y aves de melodiosa voz. Alguien ha dicho (D. Clifford, 1970, 211) que la descripción más clara y detallada de un jardín o paisaje que ha llegado hasta nosotros desde Homero hasta mil años después de Cristo se encuentra en dos cartas del autor latino Plinio el Joven (61-11 d.C.). En su carta a Galo (II, 17) nos habla de un paseo que encuadra un jardín:

Este paseo está rodeado de matas de boj o, donde éstas faltan, de romero; pues el boj crece abundantemente donde esté protegido por lugares cubiertos; pero a cielo abierto y en lugares batidos por el viento y la aspersión del agua salida del mar, aunque venga de lejos, se seca. Pegada a este paseo, por su borde interior, hay una alameda cubierta por una parra joven y umbrosa, cuyo suelo es suave y mullido incluso para unos pies descalzos. Cubre el jardín una gran abundancia de morenas y de higueras, árboles para los que este terreno es especialmente favorable, en tanto que resulta bastante inadecuado para los demás. (Trad. de J. González).

Pero es en su Carta a Domicio Apolinar (V, 6) donde encontramos una descripción más detallada de un paisaje:

El paisaje es hermosísimo. Imagínate un anfiteatro inmenso, como sólo la naturaleza puede crear. Una extensa y abierta llanura rodeada por montañas, montañas que tienen sus cimas cubiertas por antiguos bosques de altos árboles. Allí la caza resulta abundante y variada. Desde las cumbres bajan por sus laderas bosquesillos de árboles maderables, en medio de los cuales hay colinas fértiles y cubiertas de una abundante capa de humus (pues no es fácil encontrar roca alguna aunque la busques) que no ceden en riqueza a los campos más llanos, y donde madura una excelente cosecha de cereales, más tardía es cierto, pero no de inferior calidad. Al pie de estos sembrados, por todos lados, se extienden unos viñedos, que, al entrelazarse entre sí, presentan en una ancha y larga superficie una panorámica uniforme, en cuyo límite nacen unos arbustos, que forman, por así decirlo, el reborde inferior de la colina. A continuación vienen prados y tierras de labor, tierras que no pueden ser roturadas a no ser con enormes bueyes y pesadísimos arados: el suelo es tan compacto que cuando se le abre por primera vez se levanta en grandes terrones, de modo que sólo a la novena arada se lo domeña. Los prados, floridos y brillantes como tachonados de gemas, crían tréboles y otras delicadas hierbas siempre tiernas como si fuesen nuevos brotes. En efecto, todos estos prados se alimentan de caudales inagotables, pero en las zonas donde más agua fluye no se forma ninguna zona pantanosa, pues la tierra, al estar en pendiente, vierte en el Tíber toda el agua que recibe y no puede absorber. El río, navegable, corre a través de los campos y transporta hasta la ciudad todos los productos de la tierra, pero sólo en invierno y primavera; en verano baja el nivel y abandona el nombre de gran río en su lecho arenoso, que recupera en otoño. Sentirías un gran placer si pudieses contemplar el paisaje desde un altozano, pues te parecería que estás contemplando no un paisaje real, sino una pintura de excepcional belleza: esa variedad, esa armonía existente en cualquier sitio adonde dirijas la mirada, reanima el espíritu. (Trad. de J. González).

En la literatura griega las exigencias que debe reunir un parque (*parádeisos*) o jardín las encontramos en un texto bizantino de la obra asignada a Casiano Baso (s. X), titulada *Geopónica (Extractos de agricultura)*, que en el libro X, 1 afirma:

1. El que quiere tener un parque ha de elegir un lugar apropiado, dentro de la granja si es posible, y si no en las cercanías, no sólo para que el ameno panorama sea visible para los que viven allí, sino también para que el aire que lo cir-

cunda, impregnado de las exhalaciones de las plantas, haga saludable la propiedad. Hay que ponerle un cercado a algún otro cerramiento previsoramente. 2. Las plantas han de disponerse no sin orden ni entremezcladas, porque aporten –según dicen– las diferencias entre las plantas una hermosa visión, sino que hay que introducir cada una separadamente por especies, para que no predominen las más fuertes sobre las más débiles ni éstas se vean privadas de alimento. 3. El espacio entre los árboles ha de completarse con rosas, azucenas, violetas y azafrán, que tanto para la vista como para el olfato y por su utilidad son las más agradables y rentables, y beneficiosas para las abejas. 4. Hay que obtener los plantones de árboles vigorosos y sanos. Pero es preciso saber que las plantas nacidas de semilla son con diferencia inferiores a todas las demás, y que mejores que ninguna son los vástagos; pero mejores aún que éstos son las plantas injertadas, y no sólo con vistas a la calidad de los frutos, sino también a su abundancia y a su temprana recolección. (Trad. de M. J. Meana).

5. Una clasificación de los jardines en la literatura griega la ha hecho, entre otros, M. V. Ferriolo, 1989, 86-87, quien distingue hasta doce variantes del jardín griego: el jardín divino, los jardines extraordinariamente fértiles, los jardines reales, los jardines dedicados a los dioses, los jardines públicos, los jardines para el puro placer de sus dueños, los jardines de los filósofos, los jardines de Adonis, pequeños bosques conectados con el culto de los dioses, simples viñedos, el huerto de cultivo y el parque de tipo iraní (*parádeisos*). Por nuestra parte, hemos organizado todas las noticias sobre jardines y paisajes en la literatura griega en las siguientes categorías o tipos:
- a) El jardín oriental.
  - b) El jardín homérico.
  - c) El jardín sagrado.
  - d) El jardín del Más Allá.
  - e) El jardín mítico.
  - f) El jardín filosófico.
  - g) El jardín bucólico.
  - h) El jardín helenístico-imperial.
  - i) El jardín bizantino.
  - j) El jardín erótico.
  - k) El jardín pintado.
  - l) El jardín simbólico.
  - m) El jardín privado y real.
  - n) El jardín insular.

Digamos, a continuación, algo de cada uno de ellos.

## TIPOS DE JARDINES GRIEGOS

6. *El jardín oriental*. Los primeros jardines que registra la Historia fueron los de Egipto y Mesopotamia. La aparición de los primeros jardines dotados con

los caracteres históricos que conocemos tiene lugar en la confluencia de los ríos Tigris y Éufrates y en los márgenes del río Nilo. Es aquí donde tiene su nacimiento el bíblico *Jardín del Edén*, del que hablaremos más adelante. Estos jardines han tenido amplio eco en la cultura griega y romana. Para un seguimiento reciente de este tipo de jardín remitimos a las obras de J. C. Hugonot (1989), R. Gyselen (1991), A. W. Wilkinson (1998), M. Baridon (2004, 139-177) y Segura Munguía (2005, 23-43). Veamos algunos testimonios literarios de estos jardines orientales en la literatura griega.

- 6.1. *Egipto*. Los jardines egipcios son los más antiguos que conocemos. Su conocimiento se lo debemos sobre todo a los bajorrelieves y pinturas existentes en las tumbas faraónicas. Hoy se sabe que había varios tipos que se clasificaban según la forma, las plantas que se cultivaban o el edificio al que iban unidos. No son muy abundantes las noticias sobre los jardines egipcios en la literatura griega. Uno de los testimonios más explícitos sobre ellos nos lo ofrece Ateneo, en su *Banquete de los eruditos* V, 196E, quien, además, nos da la explicación de por qué son tan espléndidos estos jardines. Hablando de un pabellón de Ptolomeo Filadelfo en Alejandría nuestro autor lo describe así:

El contorno del pabellón había sido cubierto por la parte exterior con ramas de mirto y de laurel y otros renuevos apropiados. El suelo estaba enteramente sembrado de flores de todas clases. En efecto, Egipto, ya sea debido a la buena temperatura de la atmósfera que lo envuelve, ya gracias a sus jardineros, produce copiosamente y sin interrupción las plantas que en otros lugares crecen con dificultad y en épocas determinadas, y no es fácil por lo general que falten jamás ni la rosa, ni el alhelí blanco, ni otras flores. Por ello, puesto que la recepción de entonces tenía lugar en pleno invierno, la escena que se presentaba ante los extranjeros era increíble. Pues las flores que en otra ciudad no habrían podido encontrarse fácilmente para hacer una sola corona, se le habían suministrado generosamente a la muchedumbre de los comensales para las coronas, y estaban profusamente esparcidas por el suelo del recinto, produciendo verdaderamente la impresión de una pradera maravillosa (Trad. de L. Rodríguez Noriega).

La mejor descripción de un jardín egipcio, sin embargo, se la debemos a un artículo de revista en el que, basándose en pinturas e inscripciones tebanas, se explica así lo que fue el jardín faraónico (cf. M. Baridon, 2004, 145-146):

En su origen, el jardín faraónico fue un verdadero vergel, con sus estanques destinados al riego y sus árboles frutales; poco variados al principio, el número de éstos fue en aumento con el progreso del lujo y de la civilización. La inscripción funeraria de Anna, escriba de Tutmosis I, faraón de la XVIII dinastía, nos informa de que había plantado en su jardín veinte especies de árboles diferentes, entre ellas tres de árboles ornamentales: diez tamariscos, diez sauces y tres acacias. Los árboles frutales eran mucho más numerosos: había ciento setenta palmeras datileras, ciento veinte palmeras dum, noventa sicomoros y doce viñas, además de higueras, sebesten, azofaifos, perseas, granados y árboles de nuez de ban; los demás no han podido ser identificados. En cuanto a las flores propiamente

dichas, no se mencionan y, con la excepción del loto y el papiro, no se ven en las pinturas de los hipogeos faraónicos. Llegaría el momento, sin embargo, pero bastante más tarde, en que se comenzara a cultivarlas. Se comenzó quizá por los arbustos. M. Joret ha indicado, en dos pinturas tebanas que se conservan en el Museo Británico, la presencia de dos arbustos, uno de flores rojas absolutamente irreconocibles y otro de flores blancas que se inclinaría a considerar una alheña si fuera posible pronunciarse ante una representación tan confusa. Sin embargo, estos arbustos nos demuestran que, desde los tiempos de los Ramésidas, y quizá desde antes, se plantaban árboles de ornamento en los jardines del valle del Nilo. Las flores de sesbania, el seseban de los árabes, halladas en la tumba de Ahmés I parecen probar que este bello arbusto, originario de Nubia, se cultivaba ya. Las plantas herbáceas llegaron más tarde. Ya bajo la dominación persa, el loto rosa, tan bien descrito por Heródoto, ocupó su lugar en los estanques de los parques egipcios, al lado del loto blanco y del loto azul. Bajo la dinastía griega de los Tolomeos, estos parques se enriquecieron con muchas otras plantas y flores ornamentales traídas de las regiones más diversas.

6.2. *Mesopotamia*. Mucho más numerosas son las noticias que sobre los jardines persas y babilónicos encontramos en la literatura griega.

- a) *Los jardines persas* los conocemos especialmente por Jenofonte, quien nos documenta por primera vez el empleo de la voz *parádeisos* para describir estos jardines. En su obra *Económico*, IV, 20-23 nos refiere de la siguiente manera el encuentro del general espartano Lisandro y Ciro en Sardes, donde ésta había diseñado su propio vergel:

Pues bien, se afirma que este Ciro, cuando Lisandro fue a llevarle los presentes de los aliados, le dio varias muestras de amistad, según contó el propio Lisandro una vez a un huésped en Mégara, y entre ellas le mostró en persona el vergel de Sardes. Cuando Lisandro estaba admirando la belleza de sus árboles, la simetría de la plantación, la derecha de las filas de los árboles, la regularidad de los ángulos en su totalidad, la enorme variedad de perfumes que les acompañaban en su paseo, exclamó maravillado: «Ciro, todo me maravilla por su hermosura, pero mucho más me impresiona el que diseñó y distribuyó cada una de las partes». Al oírle, Ciro se alborozó y dijo: «Pues todo ello, Lisandro, lo diseñé y lo distribuí yo, y algunos de los árboles incluso los planté personalmente». (Trad. de J. Zaragoza).

En *Anábasis*, I, 2, 7 nos cuenta Jenofonte que Ciro poseía en la ciudad frigia de Celenas «un palacio real y un gran parque lleno de fieras salvajes, que aquél solía cazar a caballo, cuando quería ejercitarse». Estos parques de caza de los reyes persas llamaban poderosamente la atención de los griegos como queda reflejado en el siguiente pasaje de la *Historia de Alejandro Magno*, VIII, del historiador romano Quinto Curcio (s. I d.C.):

Las mayores muestras de fastuosidad propia de bárbaros las constituyen en aquellas regiones las manadas de extraordinarias fieras, encerradas en amplias

forestas y parques. Para ello eligen unos amplios bosques amenizados por abundantes fuentes de aguas perennes; los parques están rodeados de murallas y hay en ellos torres, como refugio de los cazadores (Trad. de F. Pejenaute).

En *Ciropedia* I, 3, 14 Jenofonte nos relata la anécdota de que Astiages le regala a Ciro las fieras que tenía en su parque, añadiéndole otras especies que pudiera perseguir y derribar cuando aprendiese a montar a caballo. En *Anábasis* I, 4, 10 refiere el mismo autor que cuando Ciro llegó al palacio de Belesis, gobernador de Siria, arrasó «un parque muy grande y hermoso, que tenía todos los frutos que producen las estaciones». Por su parte Heródoto, en *Historias*, VIII, 138 nos habla de los jardines del mítico Midas, hijo del rey de Frigia, Gordias, «donde crecen rosas silvestres, cada una de las cuales tiene sesenta pétalos y cuya fragancia supera a la de las demás rosas». Plutarco, en la *Vida de Alcibiades*, 24 nos cuenta que Tisaférnes, a pesar de ser uno de los enemigos más declarados de los griegos, de tal modo se rindió a los halagos de Alcibiades, que ordenó que se llamase de Alcibiades a los paraísos y jardines que tenía, «el más delicioso a causa de sus aguas y praderas saludables». En la *Anábasis de Alejandro Magno*, libro VII (*India*), 404, de Arriano, se nos dice que en la zona norte de Persia se llega a un lugar donde se ven prados húmedos y donde florecen jardines de variadas flores. Una especie de jardín botánico nos menciona Plutarco en la *Vida de Demetrio*, donde se nos dice que Atalo III cultivaba hierbas venenosas como el beleño, el eléboro, la cicuta, el acónito y el doriemo en unos jardines reales.

- b) *Los jardines de Babilonia*. Parece seguro que ya desde el segundo milenio a. C. los soberanos del valle del Éufrates tenían en los patios de sus palacios árboles, flores, estanques y un kiosco que servía de pabellón de reposo. Los templos estaban rodeados de vergeles y siglos más tarde disponían de parques para la caza como los hemos visto entre los persas (M. Baridon, 2004, 161). No obstante, los más famosos de los jardines babilónicos son los llamados Jardines Colgantes que tanto prestigio y relieve alcanzaron en la Antigüedad, hasta el punto de convertirse en una de las Siete Maravillas del mundo antiguo (cf. J. Duval, 1980; J. Mallas, 1969; K. Brodersen, 1992; P. A. Clayton, 1989 y F. Lara Peinado, 1985). De estos jardines tenemos una abundante documentación en la literatura griega, de la que hemos seleccionado cuatro referencias, a las que le añadiremos una más tomada de la literatura latina. La primera exhaustiva descripción de estos jardines en la literatura griega la podemos leer en el autor del siglo II a. C. Filón de Bizancio, quien en una obrita dedicada precisamente a las *Siete maravillas de la Antigüedad* (cf. K. Brodersen, 1992) dice lo siguiente de los Jardines Colgantes:

El llamado Jardín Colgante, al tener las plantas suspendidas, se cultiva en el aire, pues, con las raíces de los árboles en alto, cubre como un techo la tierra de labor. Debajo se alzan columnas de piedra y todo el espacio que hay en el suelo está ocupado por pilares. De vigas sirven palmeras separadas, pero que dejan entre sí un intervalo estrechísimo. Es éste el único tronco que no se pudre. Además,



mojado y oprimido con peso, se curva hacia arriba y nutre las germinaciones de las raíces, atrayendo hacia sí y cobijando en sus propios intersticios el brote extraño. Sobre estos troncos se tendió una amplia y profunda capa de tierra. Desde entonces crecen allí los árboles de hoja ancha y los preferidos en los jardines, flores de todas clases y colores y, en una palabra, todo lo que es más placentero a la vista y más grato de gozar. Se labra el lugar como se hace en las tierras de labor y los cuidados de los renuevos se realizan más o menos como en suelo firme, pero lo arable está por encima de las cabezas de los que andan por entre las columnas de abajo. Si se pisa la superficie de encima, la tierra que está cerca del lecho de palmeras permanece tan quieta y virgen como en los terrenos de mayor profundidad. Las conducciones de agua, al venir de fuentes que están en lo alto a la derecha, unas corren rectas y en pendiente, otras son impulsadas hacia arriba en caracol, obligadas a subir en espiral por medio de ingeniosas máquinas. Recogidas arriba en sólidos y dilatados estanques, riegan todo el jardín, impregnan hasta lo hondo las raíces de las plantas y conservan húmeda la tierra, por lo que, naturalmente, el césped está siempre verde y las hojas de los árboles, que brotan de tiernas ramas, se cubren de rocío y se mueven al viento. La raíz, nunca sedienta, chupa el humor de las aguas que corren por doquier y, vagando bajo tierra en hilos que se entrelazan inextricablemente, asegura un crecimiento constante de los árboles. Es un capricho de arte, lujoso y regio, y casi del todo forzado, por el trabajo de cultivar plantas suspendidas sobre la cabeza de los espectadores. (Trad. de J. A. Ramírez).

La segunda gran referencia a estos jardines la encontramos en la *Biblioteca histórica* II, 10 de Diodoro de Sicilia (s. I a.C.):

Y se encontraba también junto a la acrópolis el jardín llamado «colgante», que lo había construido no Semíramis sino un rey sirio posterior que obsequio a una concubina; afirman que ésta, persa de raza, añoraba los prados de las montañas y pidió al rey imitar las particularidades del territorio persa mediante la destreza del cultivo. El parque se extiende hasta cuatro pletros por cada lado y posee una subida montañosa y unas edificaciones sobre otras, de manera que el aspecto es parecido a un teatro. Debajo de las rampas construidas, se edificaron galerías que sostienen todo el peso del cultivo, elevadas poco a poco unas sobre otras siempre un pequeño trecho a lo largo de la subida; y, siendo la galería de lo alto de cincuenta codos de altura, tenía sobre ella la superficie más alta del parque, igual que el circuito de las defensas. Después, los muros, construidos suntuosamente, tenían un espesor de veintidós pies y, cada uno de los pasadizos intermedios, la anchura de diez. Y cubrían los techos vigas de piedra, de una longitud de dieciséis pies con las superposiciones, y de una anchura de cuatro. La techumbre sobre las vigas tenía primero caña extendida con mucho asfalto y, después de eso, doble ladrillo cocido unido con yeso y recibía, como tercera capa, cubierta de plomo para que no penetrara en espesor la humedad del terraplén. Sobre éstas, fue amontonando un espesor adecuado de tierra, suficiente para las raíces de los árboles de todas clases capaces de seducir el ánimo a sus observadores por su tamaño y sus otras gracias. Las galerías, que recibían luz por la elevación de unas sobre otras, tenían muchas y variadas estancias regias de todas clases; pero había una con aberturas desde la superficie más alta y con máquinas para la captación de las aguas, mediante las cuales se extraían gran cantidad de agua del río, no pudiendo

ver lo sucedido nadie desde el exterior. Ese parque, pues, como dije antes, fue construido después. (Trad. de F. Parreu).

Una tercera relación la tenemos en la *Geografía* (XVI, 1 5) de Estrabón (s. I a. y d. C.):

Babilonia... tiene sus murallas un camino tan ancho, que fácilmente se cruzan en él dos cuadrigas. De donde se dice que esto es una de las siete maravillas del mundo, un jardín colgante de forma cuadrada, cuyo cualquier lado es de cuatro yugadas; está contenido por cámaras abovedadas, situadas sobre dados que tienen forma de cubo, unas tras otras. Los pilares de este dado son cóncavos y llenos de tierra, de modo que pueden tener plantados árboles del mayor tamaño, construidas de ladrillos y betún esas bóvedas y habitaciones. El piso más alto tiene escaleras para subir a él y conchas adyacentes a ellas mismas, mediante las cuales se lleva continuamente agua procedente del río Éufrates a los jardines por hombres colocados con este objeto. Pues el río fluye por el centro de la ciudad, ocupando la anchura de un estadio; los jardines están, por cierto, en la ribera del río. (Trad. de Segura Munguía).

La cuarta descripción la podemos ver en la obra *Contra Apión* (19, 140-141) del historiador judío Flavio Josefo (37-98 d. C.), quien hablando de Nabuconodossor II comenta lo siguiente:

Después de haber fortificado la ciudad de manera notable y haber decorado las puertas de una manera digna de su santidad, construyó un nuevo palacio al lado del de su padre. Describir detalladamente su magnitud y los demás rasgos de su magnificencia sería demasiado largo; sólo diré que, siendo grande y suntuosos en exceso, fue acabado en quince días. En este palacio hizo construir altas terrazas de piedra, dándoles aspecto de colinas. Plantó árboles de todas clases, y ejecutó y dispuso el llamado jardín colgante, porque a su esposa, que había sido criada en Media, le gustaban los lugares montañosos. (Trad. de M. Rodríguez).

La última referencia a nuestros jardines babilónicos la tomamos del historiador romano, ya citado, Quinto Curcio, quien en su *Historia de Alejandro Magno*, V dice:

Sobre la ciudadela se encuentran los jardines colgantes –prodigio divulgado por las fábulas de los griegos–, en rasante con la altura máxima de las murallas, amenos por la sombra y elevación de sus numerosos árboles. Los pilares que sostienen toda la obra son de piedra. Sobre los pilares se extiende un lecho profundo de sillares capaz de contener la tierra que echan sobre él y el agua con que riegan esa tierra. Estas construcciones sustentan unos árboles tan robustos que sus troncos llegan a tener un grosor de ocho codos, alcanzan una altura de cincuenta pies y pueden dar fruto como si se cultivaran sobre la propia tierra. Y aunque el paso del tiempo deteriora, con un desgaste paulatino, no sólo las obras hechas por mano de hombre sino incluso las mismas obras de la naturaleza, esta construcción, que se ve oprimida por las raíces de tantos árboles y mantiene el peso de un bosque tan grande, permanece sin el menor deterioro. Está sostenida por unos muros

de veinte pies de anchura, colocados a once pies de distancia unos de otros, de manera que, contemplados de lejos, dan la impresión de bosques alzados sobre sus propios montes. Se cuenta que esta construcción fue obra de un rey de Siria, ascendido al trono de Babilonia, y que la hizo por el amor que sentía hacia su esposa: ésta, añorando en aquellos parajes de llanura los bosques y las selvas, movió a su esposo a imitar la amenidad de la naturaleza con una obra de este tipo. (Trad. de F. Pejenaute).

7. *El jardín homérico*. Estrictamente hablando, los primeros jardines de la literatura griega los tenemos en las obras de Homero, *Iliada* y *Odisea*. El jardín homérico es un reflejo de la edad heroica, de la época de la guerra de Troya (s. XII a. C.). Los poemas homéricos son los primeros testimonios literarios de los jardines de esta época. Pero por la cerámica minoica y heládica, así como por diversos objetos artísticos y pinturas palaciegas, conocemos el gusto de los griegos por las flores decorativas que anticipan el celo homérico por la descripción de una flora salvaje y cultivada, especialmente árboles. El jardín homérico ha sido objeto de muchos estudios, de los que aquí destacamos los de P. Grimal (1969, 64-67), M. V. Ferriolo (1989), M. Carroll (1992), M. H. Velasco (2001, 127-131), M. Baridon (2004, 186-190) y Segura Munguía (2005, 54-55)- Si bien el tema del jardín se encuentra en la *Iliada* (por ejemplo, cuando en el canto XIV Zeus y Hera hacen el amor en una pradera, o cuando en el canto XVIII refiere Tetis que cuidó a su hijo Aquiles «como a una planta en recodo de un jardín», o como cuando en el mismo canto se describe la «viña muy cargada de uvas» que Hefesto grabó en las nuevas armas de Aquiles, o como cuando dice de Tideo, en el canto XIV, 121-124, que poseía una morada opulenta de labrantíos feraces en trigo, con numerosas hileras de árboles alrededor o muchos rebaños de ganado), sin embargo, las más extensas y minuciosas descripciones de jardines y paisajes ocurren en la *Odisea*. El jardín odiseico es un jardín insular, dado que se trata de los jardines de aquellas islas por donde Odiseo va recalando en su periplo de vuelta desde Troya a su isla de Ítaca. En la *Odisea* se habla de los prados de la isla de las Sirenas (XII, 45), de la tierra fértil de la isla de Siria («con pasto abundante para ovejas y bueyes y rica de vino y trigos», XV, 405-406), del «frondoso huerto» de Penélope en la isla Ítaca (IV, 737), de la cueva sombrosa y amena, recinto de las Ninfas del agua que llaman Náyades (XIII, 103-104). Pero los cinco parajes más extensamente descritos son los siguientes:

- a) La isla que está enfrente de la isla de los cíclopes (IX, 116-124):

Una isla por nombre Laquea se extiende de frente a la costa de aquellos cíclopes, ni cerca ni lejos; es boscosa y en ella se crían las cabras salvajes incontables por cierto, pues no las ahuyentan los pasos de los hombres ni van cazadores tras ellas, de aquellos que pasando fatigas escalan por selvas las cumbres; no les quitan tampoco la tierra labor ni rebaños, ya que, siempre sin siembra y baldía, desierta de gente, les produce la isla su pasto a las cabras balantes. (Trad. de J. M. Pabón).

- b) El jardín de Tántalo, cuyo tormento observa Odiseo en su bajada al mundo de ultratumba (XI, 588-592):

Corpulentos frutales sus ramas tendíanle a la frente con espléndidos frutos, perales, granados, manzanos, bien cuajados olivos, higueras con higos sabrosos; mas apenas el viejo alargaba sus manos a ellos cuando un viento veloz los alzaba a las nubes sombrías. (Trad. de J. M. Pabón).

- c) El jardín cercano a la gruta de la ninfa Calipso en la remota isla de Oigia (V, 63-74):

A la cueva servía de cercado un frondoso bosque de fragantes cipreses, alisos y chopos, en donde tenían puesto su nido unas aves de rápidas alas, alcotanes y búhos, chillonas cornejas marinas de la raza que vive del mar trajinando en las olas.

En el miso recinto y en torno a la cóncava gruta extendíase una viña lozana, florida de gajos.

Cuatro fuentes en fila, cercanas las cuatro en sus brotes, despedían a lados distintos la luz de sus chorros; delicado jardín de violetas y apios brotaba en su torno: hasta un dios que se hubiera acercado a aquel sitio quedaríase suspenso a su vista gozando en su pecho. (Trad. de J. M. Pabón).

- d) El jardín homérico más famoso es el de Alcínoo, el mítico rey de los Feacios, en la isla Esqueria. Su jardín se cita en dos momentos. En un momento dado Nausícaa le indica al náufrago Odiseo cómo llegar al palacio de su padre (VI, 291-294):

Aledaño al camino verás el espléndido bosque de Atenea, sus chopos, su fuente y un prado en su torno donde tiene mi padre un cercado de viña florida, a distancia del pueblo no más que el alcance de un grito (Trad. de J. M. Pabón).

Pero la descripción detallada de este jardín tiene lugar en el siguiente pasaje (VII, 112-132):

Por de fuera del patio se extiende un gran huerto, cercadas en redor por un fuerte vallado sus cuatro fanegas; unos árboles crecen allá corpulentos, frondosos: hay perales, granados, manzanos de espléndidas pomas; hay higueras que dan higos dulces, cuajados, y olivos. En sus ramas jamás falta el fruto ni llega a extinguirse, que es perenne en verano e invierno; y al soplo continuo del poniente germinan los unos, maduran los otros: a la poma sucede la poma, la pera a la pera; el racimo se deja un racimo y el higo otro higo. Tiene Alcínoo allí mismo plantada una ubérrima viña y a su lado se ve un secadero en abierta explanada donde da el recio sol; de las uvas vendimian las unas mientras pisan las otras; no lejos se ven las agraces que la flor han perdido hace poco o que pintan apenas. Por los bordes del huerto ordenados arriates producen mil especies de plantas en vivo verdor todo el año. Hay por dentro dos fuentes: esparce sus chorros la una a través del jardín y la otra por bajo del patio lleva el agua a la excelsa mansión donde

el pueblo la toma. Tales son los gloriosos presentes que el cielo da a Alcínoo. (Trad. de J. M.. Pabón).

Este jardín se convirtió en proverbial en la literatura posthomérica, especialmente en la latina: Plinio el Viejo (*HN*, XIX, 49), Propercio (III, 2, 11), Ovidio (*Am.* I, 10, 56), Marcial (VII, 42, 6; VIII, 68.1; X, 9, 2; XIII, 37), Juvenal (V, 151), entre otros autores, hacen grandes elogios de este jardín.

- e) El huerto de Laertes. Del padre de Odiseo se nos dice que ya no viene a la ciudad, «sino que pasa la vida en el campo» (I, 190). Cuando Odiseo regresa a su isla de Ítaca solo, en busca de su padre Laertes, encuentra al viejo Dolio guiando a unos esclavos «para hacer un cercado que diese defensa a la viña». A su padre lo encontró solo en el rico viñedo acollando una vid (XXIV, 222-227). Luego el hijo se dirige al padre en estos términos (XXIV, 244-247):

No hay en ti, buen anciano, ignorancia de cómo se cuida tal plantío, mas bien la labranza conoces de todo, del arbusto, la higuera, la vid, el peral, el olivo, las legumbres, y así nada está descuidado en tu huerto. (Trad. de J. M. Pabón).

Al identificarse Odiseo ante Laertes como hijo que después de veinte años regresa a su patria, el padre le exige que le dé un indicio claro para que le pueda creer, a lo que accede Odiseo recordándole los árboles que le enseñó cuando era pequeño (XXIV, 336-344):

Pero voy además a contarte los árboles todos que me diste una vez de esta huerta florida. Yo aún niño, caminaba contigo por ella, te hacía mil preguntas, tú mostrabas las plantas y me ibas diciendo sus nombres; diez manzanos y trece perales me diste, de higueras hasta cuatro docenas; de liños de vides contaste medio ciento también para mí; producía cada liño sin cesar –aun en ellos hay gajos de todas sazones– según iban viniendo de arriba los tiempos de Zeus. (Trad. de J. M. Pabón).

8. *El jardín sagrado*. El jardín consagrado a los dioses, con significado religioso, existe ya en época micénica, de la que poseemos representaciones de ceremonias cultuales en un jardín. El término griego más frecuentemente empleado para este tipo de jardín es el de *témenos*. Excelentes indicaciones sobre esta variedad de jardín tenemos en Ch. Picard (1938), Schneider (1972, 1050-1051), Grimal (1969, 65-68), Motte (1972, 77-146), Segura Munguía (2005, 58-59), así como el libro de Hautecoeur (1959). Ya en un texto de Dionisio de Halicarnaso (s. I a.C.), de su obra *Historia antigua de Roma*, I, 38,1, se nos habla de un territorio consagrado a Saturno (el Cronos de los griegos), pues se veía que el terreno «estaba colmado de toda abundancia y encanto que el género humano puede desear, y se creía que para el linaje divino, igual que para el mortal, el lugar más agradable de todos es el que corresponde con la naturaleza de cada uno». Sigue luego el autor

poniendo ejemplos, y habla de montañas y cañadas para Pan, prados y lugares florecientes para las Ninfas, costas e islas para divinidades marinas. Y concluye con la frase «y de los demás lugares, para cada dios y divinidad el que le sea adecuado». De donde se deduce que en el pensamiento griego antiguo había un recinto sagrado para cada dios. Se dice que el primer jardín de la antigua Grecia estuvo en un templo, consagrado al culto de Amaltea, la ninfa que amamantó a Zeus en una gruta del norte de Creta. De estos recintos sagrados la literatura griega nos ofrece múltiples ejemplos. Ya en Homero vimos el jardín y la gruta consagrados a la ninfa Calipso (cf. párrafo 7.c). Otros jardines sagrados en este autor son el de Atenea (*Od.* VI, 290-292) y el bosquecillo de las Ninfas (*Od.* XVII, 209-210). Todas las grandes divinidades griegas con sus respectivos jardines aparecen citadas a lo largo de toda la literatura griega y aquí vamos a ofrecer algunos ejemplos:

- Jardines de Zeus: Píndaro, *Pítica*, IX, 53; Platón, *Banquete*, 203 b y Apolonio de Rodas (III, 115).
- Pradera de Hera: Calímaco, *Himno a Artemis*, 165.
- Prado de Demeter: *Himno homérico a Deméter*, 419-429 (donde se crían las flores del azafrán, gladiolos, jacintos, rosas, lirios y narcisos).
- Jardín de Posidón: Pausanias II, 1, 7 (plantado de pinos en hilera).
- Parque sagrado de Apolo: Pausanias VII, 5, 10 (de fresnos), en Colofón y la llanura de Anfinsa, en Esquines, *Contra Ctesifonte*, 108 y ss.
- Bosque de Atenea Saítide: Pausanias II, 36,8, en el monte Pontino (de plátanos).
- Bosque de Perséfone: Homero, *Odisea*, X, 509-510.
- Bosque de Hebe: Pausanias II, 13,3, en Fliunte (de cipreses).
- Pradera y jardín de Artemis: Jenofonte, *Anábasis*, V, 3, 11-13 (llena de árboles y un jardín de árboles frutales).
- Huerto florido de Hermes: Ánite, *Ant. Palat.*, IX, 314 (ed. Galiano, 44).
- Bosque de las Euménides: Pausanias II, 11, 4, en el río Asopo (de encinas).
- Jardines de Océano: Aristófanes, *Nubes*, 271.
- Prado de varias diosas (Atenea, Afrodita, Hera): Eurípides, *Ifigenia en Áulide*, 1296.
- Selva frondosa de Pan: Ánite, *Ant. Palat.*, XVI, 23 (ed. Galiano, 46) y Platón, *Fedro*.
- Jardines y sotos de las Musas: Platón, *Ión*, 354b.
- Prados de las Ninfas: Sófocles, *Filoctetes*, 1454 y Platón, *Fedro* (cf. el trabajo de Motte, 1963).
- Jardín de las Cárites (Gracias): Píndaro, *Olímpica* IX, 26.
- Bosque sagrado de los Dióscuros: Pausanias, VII, 22, 5 (de laureles).
- Recinto sagrado de Artemis, Afrodita y Ninfas: Estrabón, VIII, 3, 12.
- Jardín de las Vírgenes: Ibico, *Frag.* 14 (ed. Adrados).
- Jardín rústico de Príapo: Teócrito, *Idilios*, I, 21-22.

Pero posiblemente sea Afrodita la diosa de la que más referencias a sus jardines encontramos en la literatura griega. Muy mencionada es una «Afrodita

en los Jardines», en Atenas, de la que nos informa Pausanias, I, 19,2 y I, 27,3, así como Plinio el Viejo, *HN*, 36, 16. De «un dulce jardín de Afrodita» nos habla Píndaro en *Pítica* 5, 22. Otro jardín de Afrodita se menciona también en Aristéneto, *Cartas*, I, 10. Pero el jardín de esta diosa más profusamente descrito es el que encontramos en Luciano, *Amores*, 12, en el siguiente pasaje:

Inmediatamente, del propio recinto del templo emanaron hacia nosotros como unos fragantes aromas amorosos, pues el atrio no estaba en su mayor parte pavimentado como un suelo estéril con baldosas pulidas de piedra, sino que, teniendo en cuenta que se trataba de un recinto de Afrodita, todo él proliferaba en frutos cultivados, que al crecer exuberantes con sus verdes ramajes hasta muy arriba, cubrían el área que los rodea. Sin embargo, por encima de todos florecía el mirto de múltiples bayas, que crecía lujuriantemente junto a su dueña. Ni siquiera las canas de una edad ya vieja los hacían marchitarse, sino que, con toda la fuerza de su juventud, crecían con ramas nuevas. Entremezclados con ellos había árboles por otra parte improductivos pero bellos por sus frutos, como los cipreses, plátanos que se encumbraban hasta el cielo y con ellos Dafne, que desertó de Afrodita y huyó de ella ya hace tiempo. Pero alrededor de cada árbol trepaba con sus ramas la yedra amorosa; densos racimos colgaban de las vides espesas. Afrodita es más deleitosa con Dionisio y la mezcla de ambos es dulce, pero cuando se separan alegran menos. Había en la parte más densa y más umbrosa de la selva alegres lechos para los que quisieran divertirse en ellos, y eran ocasionalmente visitados por gente de buen tono, mientras que la masa de ciudadanos se reunía allí para celebrar las fiestas y se dedicaban a los placeres amorosos. (Trad. de J. Zaragoza).

9. *El jardín del Más Allá*. En un espléndido libro de M. H. Velasco López (2001) se analizan los testimonios indoiranios, griegos, hititas y celtas de los que se deduce la existencia de un prado verde en la escatología indoeuropea del Más Allá. Para el caso concreto de la cultura griega, el tema de las praderas y jardines del otro mundo ha sido muy bien analizado en el libro de Motte (1972, 247-263). Cuatro conceptos griegos especialmente relacionados con nuestro tema y el mundo de ultratumba son los siguientes:

- a) *Hades*. En Apolonio de Rodas, *Argonáuticas*, II, 730-740 se hace la siguiente descripción de este mítico paraje:

A sus pies están arraigadas unas rocas lisas, batidas por el mar, en torno a las cuales el oleaje revolviéndose brama fuertemente. Y arriba en lo más alto han crecido frondosos plátanos. Desde allí hacia tierra adentro descende en pendiente un profundo valle, donde está la caverna de Hades, recubierta de bosque y rocas. Desde un hálito glacial, que sopla continuamente del espantoso fondo, condensa en derredor una y otra vez blanquecina escarcha, que se ablanda con el sol de mediodía (Trad. de M. Valverde).

- b) *El prado de asfódelos*. Como lugar donde se guarecen las almas se menciona expresamente en *Odisea*, XXIV, 13-14. Se le vuelve a citar en *Odisea* XI, 539 y 573 (cf. Motte, 1972, 251-252, nota 48).

- c) *Islas de los Bienaventurados*. La primera mención de estas islas se produce en la obra de Hesiodo (s. VII a. C.), *Los trabajos y días*, 170 y ss., como lugares a los que van a residir los héroes de la Edad del bronce. En Píndaro, *Olimpica* II, 68 y ss., van a estas islas también las almas de quienes han vivido justamente. Estas islas son las mismas que los latinos bautizaron como «Islas Afortunadas» y su historia la hemos hecho en varios de nuestros trabajos, entre ellos el de (1992, 57-85) y (1997).
- d) *Campos Elisios*. Como lugar de residencia de determinados héroes y almas después de la muerte, vistos como un *locus amoenus* o paisaje ideal, similar a la visión del paraíso bíblico, aparecen por primera vez en la *Odisea* IV, 561-569. La historia de este mítico lugar la hemos seguido en nuestros trabajos de (1992, 39-56) y (1995). Una parodia descriptiva de este lugar la hace Luciano, *Relatos Verídicos*, II, en los siguientes términos:

El país posee toda especie de flores y plantas cultivadas y silvestres. Las vides dan doce cosechas al año y vendimian cada mes; en cuanto a los granados, manzanos y otros árboles frutales, decían que producían trece cosechas, ya que durante un mes –el «minoico» de su calendario– dan fruto dos veces. En vez de granos de trigo, las espigas producen pan apto para el consumo en sus ápices, como setas. En los alrededores de la ciudad hay trescientas sesenta y cinco fuentes de agua y otras tantas de miel, quinientas de mirra –si bien éstas son más pequeñas–, siete ríos de leche y ocho de vino.

El festín lo celebran fuera de la ciudad, en la llanura llamada Elisio, un prado bellissimo, rodeado de un espeso bosque de variadas especies, que brinda su sombra a quines en él se recuestan. Sus lechos están formados de flores, y les sirven y asisten en todo los vientos, excepto en escanciar vino: ello no es necesario, ya que hay en torno a las mesas grandes árboles del más transparente cristal, cuyo fruto son copas de todas las formas y dimensiones; cuando uno llega al festín arranca una o dos copas y las pone a su lado, y éstas se llenan al punto de vino. Así beben y, en vez de coronas, los ruiseñores y demás pájaros canoros recogen en sus picos flores de los prados vecinos, que expanden cual una nevada sobre ellos mientras revolotean cantando. Y éste es su modo de perfumarse: espesas nubes extraen mirra de las fuentes y el río, se posan sobre el festín bajo una suave presión de los vientos, y desprenden lluvia suave como rocío. (Trad. de A. Espinosa).

Otra descripción de este lugar que merece citarse es la que encontramos en la obra de Ovidio, *Amores*, 6, 49-58, donde también se hace una parodia del mismo concepto:

A los pies de la colina del Elisio crece un bosque de encinas de oscuro follaje y la tierra, humedecida, verdea siempre por el césped. Si hay que dar crédito a cosas inciertas, aquél es el lugar de las aves piadosas –según se dice–, adonde les está prohibido entrar a las aves siniestras. (Trad. de V. Cristóbal).

10. *El jardín mítico*. Al igual que en la Religión, el jardín juega un importante papel en el Mito. Hay muchos aspectos que podrían tocarse en las relaciones del mito con los jardines. Aquí vamos a citar los siguientes:



- a) *El jardín del Edén*. El primer jardín mítico es el bíblico Jardín del Edén, que se describe en el *Génesis*, 2, 8-17. Se trata de un jardín de cuyo suelo brota toda clase de árboles seductores a la vista y buenos para comer, con el árbol de la vida y de la ciencia del bien y del mal. Estaba regado por los famosos cuatro ríos: Pisón, Guijón, Tigris y Éufrates. Para detalles véase J. Armstrong (1969b, 15-36), M. Baridon (2004, 47-55), el libro de J. Prest (1981) y el reciente estudio de J. Delumeau (2004).
- b) *La pradera del mito de la Edad de Oro*. Tal como se describe, por ejemplo, en Ovidio, *Metamorfosis* I, 89 y ss. La tierra por sí misma lo producía todo: los frutos del madroño, las fresas salvajes, las moras colgando en los zarzales, las bellotas caídas de los árboles, las flores nacidas sin simiente, acariciadas suavemente por el Céfito, las espigas blanqueando los barbechos, etc.
- c) *El jardín de las Hespérides*. Mítico emplazamiento situado en los límites del Océano, donde se criaban unas manzanas de oro, vigilado por un dragón. Heracles, en uno de sus últimos trabajos, fue en busca de estas manzanas. Las Hespérides, que significan «las Vespertinas» o «Las Occidentales», eran hijas de la Noche o de Héspero, según las versiones, y tenían a su cargo el cuidado del famoso jardín. Hemos analizado este tema en nuestro libro de (1992, 105-125), a lo que puede agregarse hoy excelentes estudios debidos a D. Díez de Velasco (1998) y (1999). Aparece citado en muchos autores griegos, desde Hesiodo hasta Nono, pasando por Ferécides, Estesícoro, Mimnermo, Sófocles, Eurípides, Apolodoro, Pausanias, Ateneo, Coluto, etc.
- d) *Los jardines de Adonis*. Responden a un rito funerario, establecido por Afrodita en honor de Adonis, el hijo de Minerva, en las fiestas a él dedicadas en pleno verano. Se sembraba trigo, cebada, lechuga o hinojo en recipientes de cerámica o en tiestos poco hondos. Regados con agua caliente, florecían en pocos días, pero en pocos días también se marchitaban. De esta manera se representaba la súbita muerte de Adonis. Entre los autores que hacen referencia a estos míticos jardines citamos aquí a Platón, *Fedro*, 276b; Teócrito, *Idilio* XV, 113; Plutarco, *De la tardanza de la divinidad en castigar*, 17 (*Mor.* 506c); Juliano, *Discurso X*, 30 (329 c-d) y Filóstrato, *Vida de Apolonio de Tiana*, VII, 32. Este tipo de jardines ha sido muy bien estudiado en los trabajos de W. Atallah (1966) y M. Detienne (1972).
- e) *El jardín de Electra*. Como ejemplo de un jardín mítico hemos elegido el que describe Nono, *Dionisiacas*, III, 141-168, que corresponde al jardín que tenía Electra, la Pléyade residente en la isla de Samotracia, que se unió a Zeus y concibió a Dárdano, el fundador de Troya:

Cerca del inmenso muro, en frente del palacio, un jardín de cuatro fane-gas, cubierto de árboles, se encontraba apesadumbrado por sus frutos, humedecidos por el rocío. Una palmera extendía su follaje masculino sobre otra palmera

hembra, como testimonio de su deseo. Un peral de espléndidos frutos crecía a la par de otro peral de la misma edad y desde temprano le canturreaba, mientras en su agitación golpeaba con sus ramas al vecino tronco de un aceitoso olivo. Las hojas de los mirtos se agitaban con los vientos primaverales en las proximidades de un laurel que las rechazaba. Un viento perfumado sacudía el rígido follaje de un ciprés de hermosas hojas. Y entre la dulcífera higuera y el húmedo granado, el fruto púrpura crecía cerca del fruto violeta de la planta de al lado; el manzano florecía cerca de otro manzano. Sobre las sabias hojas del quejumbrosos jacinto, queridas por Febo, estaban grabadas muchas letras naturales; y, mientras el Céfiro soplabla por el nutricio jardín, Apolo, insaciable de deseos, extendió su movediza mirada Pero, al ver que la planta del adolescente era sacudida por los vientos se acordó del disco; y tembló por miedo a que el celoso viento hiciera mal al muchacho, hiriéndolo en los pétalos. Si es cierto que un día, tras verlo Apolo diseminado en el polvo, con sus ojos que no lloran, dejó rodar una lágrima. La impronta sobre la flor reprodujo el llanto de Febo que ha inscrito en el jacinto su lamento espontáneo. En fin, tal es el umbroso jardín. Cerca, hay una fuente de dos bocas: de una se da de beber a los habitantes del lugar; de otra, el jardinero conduce por una acequia el agua que se divide en múltiples y sinuosos surcos para llegar a cada planta; la corriente, como si viniera de Febo, murmura al pie de un laurel con voz melodiosa y dulce. (Trad. de S. D. Manterola).

- f) En un pasaje de *La Naturaleza*, V, 783-787, del autor latino Lucrecio (s. I a. C.), se habla de que la tierra produjo al principio la raza de las plantas y su verde esplendor sobre los cerros, brillando a través de los llanos, los prados floridos con su tinte de verdura, creciendo luego los árboles a rienda suelta por los aires. Podríamos hablar en este caso de un *jardín cosmogónico* o primer jardín de origen mítico. En este sentido, y dentro del tema de la relación entre mito y jardín, podríamos hablar de los orígenes míticos de muchos árboles y flores, entre los que aquí citamos los siguientes:

- Álamo: son las Heliades, hijas del Sol, que al llorar la muerte de su hermano Faetón fueron metamorfoseadas en álamos.
- Almendro: es la joven Filis o Fílida que es transformada en un almendro sin hojas.
- Azucena: es la flor que brota en el suelo al derramarse del pecho de Hera cuando amamantaba a Heracles.
- Ciprés: era Cipariso, hijo de Télefo, transformado en ciprés en un momento de tristeza por haber matado a un ciervo.
- Hiedra: era un joven que se hizo coreuta de Dioniso. Danzando en honor del dios se desploma en el suelo, brotando una flor del mismo nombre que tenía el carácter del joven, pues da tantas vueltas como cuando el joven bailaba.
- Laurel: era la ninfa Dafne, amada por Apolo, que al no corresponder al dios y ser perseguida fue transformada en el laurel por su padre, el dios-río Peneo.
- Mirra: era la madre de Adonis transformada por lo dioses en el árbol de la mirra.
- Mirto: era Mirsine, una joven ateniense, muy bella, protegida por la diosa Atenea, que, al ser matada por envidia, fue convertida en planta.
- Narciso: era un hermoso joven que despreciaba el amor y muere al quedarse contemplado en las aguas, brotando en su lugar la flor del mismo nombre.

- Pino: era la ninfa Pitís, amada por Pan, que fue transformada en pino para escapar de su perseguidor.
- Rosas: brotan de las lágrimas de Afrodita a la muerte de Adonis.
- Tilo: Filira, la madre del centauro Quirón, engendrado con Crono, transformado en caballo, fue a su vez transformada por los dioses en un tilo para consolarla del engaño y violación de Crono.

11. *El jardín filosófico*. Fue en los jardines en donde los filósofos y sabios de Atenas impartieron sus enseñanzas. Tanto la Academia platónica como el Liceo Aristotélico tenían algo de bosque sagrado y de parque público. En relación con la Academia tenemos el valioso testimonio de Plutarco, quien en su *Vida de Cimón*, 13 (*Vit. Paral.*, 487c) nos dice lo siguientes:

Fue el primero en hermoear la ciudad con aquellos lugares de recreo nobles y elegantes, por los que hubo tanta pasión después: hizo plantar de plátanos el Ágora y transformó la Academia, hasta entonces seca y sin agua, en un bosque bien irrigado, donde dispuso pistas cuidadosamente aplanadas para los corredores y caminos sombreados para los paseantes.

Los jardines de la Academia, dedicados al héroe Academo, los cita Aristóteles en *Las Nubes*, 1002, 1008, mencionando como elementos de los mismos el olivo, el junco, la zarzaparrilla, el álamo blanco, el plátano y el olmo. Para los paseos de Platón por estos jardines se puede consultar el testimonio de Claudio Eliano (170.235 d. C.) en su obra *Historias curiosas*, III, 19. Un «amante de los jardines» (*philokepos*) era Epicuro, quien, según Plinio *HN* XIX, 51, fue el primero en poseer un jardín privado, pues «hasta él no entraba en las costumbres vivir en el campo dentro de la ciudad». Los jardines de los epicúreos los cita expresamente Ateneo, *Banquete de los eruditos*, XIII, 588. También en la *Geografía* IX, 1, 17 de Estrabón se citan expresamente «los jardines de los filósofos». Este tipo de jardín ha sido bien estudiado por Páez de la Cadena (1995), M. Ferriolo (1992), M. Morford (1987), así como por las obras de Grimal (1969, 69-70), Motte (1972, 411-429) y Segura Munguía (2005, 56-58). Como testimonio literario de estos jardines hemos elegido el siguiente pasaje del *Fedro* 230 b-c, de Platón, en el que Sócrates le dice a Fedro:

¡Por Hera! Hermoso rincón, con este plátano tan frondoso y elevado. Y no puede ser más agradable la altura y la sombra de este sauzgatillo, que, como además, está en plena flor, seguro que es de él este perfume que inunda el ambiente. Bajo el plátano mana también una fuente deliciosa, de fresquísima agua, como me lo están atestiguando los pies. Por las estatuas y figuras, parece ser un santuario de ninfas, o de Aqueloo. Y si es esto lo que buscas, no puede ser más suave y amable la brisa de este lugar. Sabe a verano, además, este sonoro coro de cigarras. Con todo, lo más delicioso es este césped que, en suave pendiente, parece destinado a ofrecer una almohada a la cabeza placenteramente reclinada. ¡En qué buen guía de forasteros te has convertido, querido Fedro! (Trad. de E. Lledó).

12. *El jardín bucólico*. Con esta denominación queremos aludir al tipo de jardín que podemos encontrar en los poetas griegos bucólicos y en el latino Virgilio, en cuya producción literaria se recrea una naturaleza idealizada, en cuyo marco unos pastores, también idealizados, viven una experiencia que comparten con los elementos del entorno natural: árboles, ríos, aves, animales, etc. (cf. Estévez Calderón, 1996, 107). A este jardín pertenecen también los textos que tratan de la «Arcadia feliz», tal como lo ha estudiado espléndidamente B. Snell (1965). Un excelente análisis del paisaje en Teócrito se hace en V. Cicchiti (1960). He seleccionado tres ejemplos de este tipo de jardín:

a) El primero corresponde a un pasaje del *Idilio* VII, 133-146, de Teócrito:

Allí, nos reclinamos gozosos en mullidas yacijas de fragante junco, y sobre pámpanas recién cortadas. Arriba, sobre nuestras cabezas, agitábanse muchos chopos y olmos; allí cerca fluía entre murmullos agua sagrada que se deslizaba de la gruta de las Ninfas; sobre las ramas sombreadas las tostadas cigarras se afanaban con su parloteo; la rana verde croaba a lo lejos en la espesura espino-sa de las zarzas; cantaban las alondras y jilgueros, gemía la tórtola, en derredor de las fontanas revoloteaban las rubias abejas. Todo olía a opulenta cosecha, olía a fruta madura. A nuestros pies rodaban las peras, por nuestros costados rodaban numerosas las manzanas. Las ramas se inclinaban hasta el suelo cargadas de ciruelas. (Trad. de M. García Teijeiro).

b) El segundo corresponde a un epigrama del mismo Teócrito perteneciente a la *Antología Palatina* IX, 437 (ed. Galiano, 384):

La circunda un recinto sagrado; florece en su torno  
un arroyo perenne que baja de las rocas  
entre mirtos, laureles, fragantes cipreses y vides  
productoras de uvas que los pámpanos vierten  
por doquier; lanza el mirlo con voz penetrante y variada  
sus melódicos trinos en primavera y se oyen  
enfrente los dulces quejidos y canto armonioso  
con que el pico del pardo ruiseñor le contesta.  
Siéntate, pues, allí y al amable Priapo que aplaque  
mi pasión por Dafnis implórale y promete  
que una bella cabrita en seguida he de darle; y si, en cambio,  
sus favores me otorga, triplicaré mi ofrenda;  
le traeré una ternera, un velludo cabrón y el cordero  
que tengo en el aprisco; y ojalá que así ocurra.  
(Trad. de M. Fernández-Galiano).

c) El tercero pertenece a un epigrama de Agatías (s. VI d. C):

Aquí verdeante el campo con ramas florecidas  
muestra toda la gracia de la fértil fronda.

Aquí cantan bajo los cipreses sombríos  
 los pájaros, madres de tiernos polluelos,  
 y armónicos gorjean los jilgueros. La rana  
 croa, habitante de las zarzamoras llenas de espinos.  
 Pero ¿qué placer puedo tener de eso, cuando oír tu voz  
 prefiero que la melodía de una cítara delia? (Trad. de G. Galán).

13. *El jardín helenístico – imperial*. Denominamos así al tipo de jardín o paisaje que encontramos en escritores comprendidos entre el siglo III a. C. y el siglo II o III d. C. Aquí entrarían escritores como la poetisa Ánite, muy sensible al tema del paisaje y el jardín (como se puede comprobar en los epigramas que Fernández-Galiano, *Antología Palatina*, ed. Gredos, Madrid, 1978, recoge en las páginas 50-56), o el poeta Meleagro (s. I a. C.) en alguno de sus epigramas (por ejemplo, el 806 de la edición de Galiano, p. 413). Pero las descripciones mejores de este tipo de jardín las encontramos en los novelistas Longo y Aquiles Tacio, ambos del siglo II o III d. C. (para su análisis véanse los trabajos de Grimal, 1957 y Forehand, 1979):

- a) Un primer ejemplo es el llamado *jardín de Filetas* y se encuentra en la novela de Longo, *Dafnis y Cloe*, II, 3,3:

Tengo un huerto que, desde que por la vejez dejé de ser vaquero, con mis propias manos he cuidado y que me da cada estación todo cuanto traen las estaciones: en primavera, rosas, lirios, jacintos y violetas de ambas clases; en verano, adormideras, peras y toda suerte de manzanas. Ahora, vides, higueras, granados y verdes mirtos. En este huerto vienen a juntarse bandadas de aves con el alba, unas en busca de alimento, otras para cantar, pues está a cubierto y sombreado y tres manantiales me lo riegan. Se creería estar viendo un soto, si se quitara la cerca de piedra. (Trad. de M. Brioso).

- b) Un segundo ejemplo aparece también en la misma novela (IV, 2-4) y se conoce como parque de Lamón:

Y era el parque de todo punto hermoso y a la manera de los jardines de los reyes. Se extendía hasta el largo de un estadio y estaba situado en un paraje alto, con cuatro pletros de ancho. Se hubiera podido describirlo como una amplia llanada. Tenía toda suerte de árboles: manzanos, mirtos, perales y granados, higueras y olivos; en otro lugar una alta vid, que con sus oscuros tonos se apoyaba en los manzanos y perales, como si en frutos con ellos compitiera. Y esto sólo en arboleda cultivada. También había cipreses y laureles y plátanos y pinos. Sobre todos estos se extendía hiedra en vez de vid, y sus racimos, por el tamaño y su color ennegrecido, emulaban a los racimos de la vid. En la parte de dentro estaban los frutales, como si estuviesen custodiados; fuera y en su torno se alzaban los estériles, como un vallado que mano de hombre hubiera hecho, por más que alrededor corría una cerca liviana. Todos estaban repartidos y separados, de modo que entre tronco y tronco mediase una distancia, pero por lo alto de las ramas se jun-

taban y entrecruzaban sus frondas, lo que a pesar de ser también un resultado natural tenía la apariencia de ser artificial. Había igualmente arriates de flores, las unas nacidas de la propia tierra, las otras, obra de la humana destreza: de tales manos eran producto un rosal, jacintos y lirios; la tierra daba violetas y narcisos y pampinas. Se tenía sombra en verano, en primavera flores, en otoño frutas y un regalo en toda época.

Desde allí se gozaba de la vista de la llanura y podía verse a los pastores; se contemplaba el mar y se divisaban los que navegaban costeanado, de manera que también esto era parte de los placeres que el parque permitía. En su mismo centro, tanto según su longitud como su anchura, había un templo de Dioniso y un altar. El altar estaba rodeado de hiedra y el templo de sarmientos. También por dentro el templo tenía pinturas con temas dionisiacos: Semele pariendo, Ariadna dormida, Licurgo amarrado, Penteo despedazado. Había igualmente indios vencidos y tirrenos metamorfoseados. Por doquier sátiros pisando en el lagar, por doquier bacantes en sus danzas. Tampoco se había olvidado a Pan: asimismo estaba él con su zampoña, sentado en una piedra, igual que si entonara para los que pisaban y para las danzantes una misma melodía. Tal era el parque al que Lamón dedicaba sus cuidados, cortando las ramas secas, alzando los sarmientos. (Trad. de M. Brioso).

- c) El tercer ejemplo seleccionado corresponde a la novela de Aquiles Tacio, *Leucipa y Clitofonte*, I, 15 y es el jardín de la casa de la protagonista de la obra:

Ella estaba en el parque de la casa. Y este parque era un vergel, una gran extensión para recreo de la vista. En tomo al vergel había un muro de suficiente altura y cada uno de los lados de este muro (que eran cuatro) tenía un pórtico sostenido por una hilera de columnas. Y en su interior, al amparo de las columnas, se extendía la concurrencia de los árboles. Las ramas estaban cubiertas de verdor y se entrecruzaban montando unas sobre otras; la vecindad hacía que las flores se entrelazaran, las frondas se abrazaran y los frutos se confundieran: hasta tal punto llegaba el concurso de la arboleda. Alrededor de algunos de los más corpulentos de los árboles habían nacido hiedra y correhuela; ésta apegada a los plátanos y espesando su follaje con su flexible cabellera, y la hiedra enrosándose en torno a los pinos, adueñándose del árbol con sus abrazos, de modo que el árbol se convertía en sostén de la hiedra y la hiedra en guirnalda del árbol. A ambos lados de cada árbol verdeaban vides con sus pámpanos, apuntaladas con cañas, y su fruto estaba en sazón y pendía por los espacios entre las cañas formándole bucles a la planta. El suelo, por obra del sol y del viento combinados, hacía brillar las verdeamarillas sombras de los pámpanos, cuando éstos por lo alto se mecían. Las flores con sus colores variopintos proclamaban por turnos su hermosura y eran la púrpura de la tierra violetas y narcisos y rosas. De la rosa y el narciso la corola era semejante en su dibujo: una copa de la planta. Pero el color de los pétalos laciniados en torno a la corola era, en la rosa, de sangre por arriba y de leche por abajo, y en cambio el narciso en su totalidad era parejo a la parte inferior de la rosa. La violeta carecía de corola, pero su color se asemejaba al del destello de la

mar en calma. En medio de las flores borboteaba una fuente y en torno al chorro se había construido un estanque de trazado cuadrangular. El agua era espejo de las flores y así parecía que el vergel se duplicaba en uno de verdad y en otro reflejado. Y había aves, unas que buscaban su comida por los contornos del vergel, habituadas a la mano del hombre al ser domesticadas por mediación del alimento, y otras que aún con libres alas jugueteaban alrededor de las copas de los árboles. Las unas trinaban con sus cánticos de pájaros, las otras relucían con el atavío de sus alas. Y eran los alados cantores cigarras y golondrinas; aquéllas con sus cantos al lecho de la Aurora éstas a la mesa de Tereo. Y las aves domesticadas, pavos reales y cisnes y loros: el cisne, que buscaba su pitanza en torno a los veneros de agua; el loro, que pendía en una jaula de un árbol; el pavo, que arrastraba su plumaje por entre las flores. Y la vista de las flores replicaba con su brillo al colorido de las aves y las alas florecían. (Trad. de M. Brioso).

14. *El jardín bizantino*. Es el tipo de jardín que encontramos en las novelas y poemas caballerescos bizantinos, muy bien estudiado por A. R. Littlewood (1979). Se trata de un jardín que suele actuar como marco para la acción erótica, razón por la cual se le ha calificado como jardín romántico. Los poemas y novelas en los que hemos encontrado algún jardín son los siguientes:

- Anónimo, *Dígenis Akritas* (s. x), VI, 15-41 y VII, 13-108.
- Teodoro Pródromos, *Rodante y Dosicles* (s. XII), libro VI:
- Nicetas Eugenio, *Drosila y Caricles*, (s. XII), I, 77-115.
- Eustacio Macrembolita, *Jismina y Jisminias* (s. XII 9, I, 4-6; II, 1-11; IV, 4-20).
- Anónimo, *Calímaco y Crisórroe* (s. XIII), ed. de García Gual, (ed. Alianza, Madrid, 1990), p. 48, 54, 102-103, 116.
- Anónimo, *Véltandro y Crisantz* (s. XIII. XIV), 283-319 y 833-1044.
- Anónimo, *Lívistro y Rodamna* (s. XIV), 189-203 y 2149-2159.
- Anónimo, *Aquileida* (s. XIV), 711-743.
- Anónimo, *Florio y Blancaflor* (s. XIV).

De los jardines citados en estas obras hemos seleccionado dos:

- a) El jardín descrito en *Dígenis Akritas*:

Y ya llegados a un prado delicioso  
 monté allí la tienda y mi propio lecho,  
 colocando alrededor toda clase de plantas.  
 Crecían allí cañas que se elevaban a lo alto,  
 borboteaba agua fresca en medio de la pradera  
 y se escapaba por todas partes a través de aquella tierra.  
 Compartían la arboleda diversas especies de aves,  
 mansos pavos reales, papagayos y cisnes,  
 los papagayos, suspendidos con las ramas, parloteaban,

los cisnes encontraban su comida en las aguas,  
 los pavos reales, al hacer la rueda entre las flores,  
 reflejaban el color de las flores en sus alas;  
 las restantes, dueñas de libres alas,  
 jugaban revoloteando entre las ramas de los árboles.  
 Y la centelleante belleza de la noble muchacha  
 brillaba más que el pavo real y que todas las plantas.  
 Pues su rostro remedaba el color del narciso,  
 sus mejillas apuntaban como una rosa exuberante,  
 sus labios se insinuaban como una rosa recién florida  
 cuando empieza a salir de su cáliz.  
 Sus bucles, al moverse exactamente sobre las cejas,  
 esparcían encantadores destellos de oro,  
 un gozo inenarrable lo invadía todo,  
 alrededor del lecho humeaban variados aromas,  
 almizcles, nardo y ámbar, alcanfor y canela,  
 y era grande la alegría y el placentero olor:  
 tal encanto tenía el jardín. (Trad. de J. Valero).

b) El jardín descrito en la *Aquileida*:

Y, por ella, construyó un jardín dulcísimo.  
 ¿Quién podría describir el jardín con todo detalle?  
 Su muro era alto, lleno enteramente de mosaicos,  
 con puertas de hierro para no tener miedo de nadie;  
 la hermosura, las gracias del jardín  
 no aciertan a describir las mi pensamiento y mi inteligencia  
 y mi lengua es incapaz de contarlo;  
 tenía árboles magníficos, muy suaves y hermosos;  
 cuando sobresalen sus copas por encima del muro,  
 viven en cada una de sus ramas los Amores.  
 Había, rosas y flores variadas,  
 ¿qué inteligencia podría describir las con detalle?  
 Había una fuente amorosa; baja por el jardín  
 desde un estanque agradable y lleno, muy hermoso;  
 el estanque regaba los árboles y las plantas.  
 ¿Quién podría describir el esplendor del estanque?  
 La piedra era resplandeciente, bien trabajada en el fondo;  
 alrededor, se levantaban leones y leopardos,  
 otras piedras agradables bien trabajadas en el fondo,  
 de todas las cuales huía el agua del estanque,  
 unas de la boca, otras, del pecho,  
 otras, de la cabeza y otras, de los oídos.  
 Había numerosas y agradables clases de aves  
 que cantaban armoniosamente los días de mayo,  
 cuando los ruiseñores gorjean y las aves trinan,  
 cuando los árboles están en flor y todo reverdece,  
 cuando el prado de variadas formas, encantador,  
 trae Afrodita, de pronto, y lo llena de mil adornos.



La madre de aquella noble y afable muchacha  
 levantó un plátano de oro en medio del jardín  
 y fabricó toda clase de aves de oro;  
 todas se posan artísticamente en el plátano  
 y, al soplar el viento, cantan. (Trad. de J. A. Moreno Jurado).

- c) Uno de los motivos más originales del jardín bizantino es comparar los elementos de éste con la belleza de la amada. Así en el libro VI de *Rodante y Dosicles* se compara la belleza de Rodante en los siguientes términos:

¡Ay de mí, Rodante! ¿Dónde está la primavera de tu juventud, el ciprés de tu hermosa figura, la rosa de tus mejillas y de tus labios, la hiedra de tus trenzas (¡rara gracia!) tejidas como un bosque de plátanos? ¿Dónde están los lirios de tus sabrosos besos, los mirtos de tu cuerpo, la hierba verde de tu carne, la flor de tus párpados? ¡Ay de mí, doncella! Se aja la manzana, la granada se consume, los árboles se deshojan, se marchitan los lirios. El fruto cae a tierra, la gracia se deshace, se adelanta el tiempo del otoño ¡Ay de mí, tu cuero es comida de los peces, tu carne es manjar de los animales marinos! (Trad. de J. A. Moreno Jurado).

Otro ejemplo de este tipo se encuentra en *Florio y Blancaflor*, 188-196:

Florio se interesaba continuamente por Blancaflor,  
 por aquella muchacha espléndida que anidaba en su corazón,  
 por aquel frescor del agua, por aquella nieve blanca,  
 por aquella figura de árbol y sol, por aquellos ojos negros irisados,  
 por la famosa, por su amable belleza, por su figura de lirio y rosa,  
 por la hermosura de su cuello de mármol,  
 por los labios de rosa roja, por la forma dulcísima de hablar,  
 por la alabada del amor y adornada con la gracia de los amores;  
 en ella pensaba su compañero de crianza (Trad. de J. A. Moreno Jurado).

Este motivo había aparecido ya en la novela griega anterior a la bizantina, como, por ejemplo, en Aquiles Tacio y su obra *Leucipa y Clitofonte*, en la que en el libro I, 19 se puede leer el siguiente pasaje:

Y la deslumbrante belleza del pavo real me parecía inferior a la del rostro de Leucipa, pues la hermosura de su cuerpo rivalizaba con las flores del prado: su rostro relucía con el color del narciso, de su mejilla brotaban rosas, el brillo de sus ojos era el destello de las violetas y los bucles de su cabello se ensortijaban aún más que la hiedra. Tal era el prado que adornaba el rostro de Leucipa (Trad. de M. Brioso).

15. *El jardín erótico*. Una de las funciones del jardín en la literatura griega antigua es la de servir de espacio natural para las relaciones de los amantes. Este motivo se documenta por primera vez en Homero, *Iliada*, XIV, 347 y ss., en donde el poeta describe la realización del amor entre Zeus y Hera en el incomparable marco de una pradera:

Bajo ellos la divina tierra hacía crecer blanda yerba, loto lleno de rocío, azafrán y jacinto espeso y mullido, que ascendía y los protegía del suelo. En este tapiz se tendieron, tapados con una nube bella, áurea, que destilaba nítidas gotas de rocío. (Trad. de E. Crespo).

Este episodio es desarrollado más detalladamente por Nono, en sus *Dionisiacas*, XXXII, 83-98, en donde el poeta habla de que Zeus y su esposa se buscaron un refugio espontáneo para sus himeneos montaraces, formado por sí solo a modo de lecho improvisado:

Ya se unieron con el dulce vínculo del matrimonio encantador. La tierra abrió de par en par su seno perfumado y coronó la unión nupcial con flores amorosas. Entralazáronse las hojas viriles con las cercanas hierbas femeninas, como si también entre las plantas se respirase deseo por el tierno amante. El azafrán cilicio floreció, germinó la zarzaparrilla y adornaron el lecho de ambos amantes los retoños de doble género; el azafrán envolvió a Zeus y la zarzaparrilla a su compañera de lecho Hera. Y como muestra del agudo amor de Zeus, mediante una seña silenciosa el encantador narciso saltó sobre la anémona. Ninguno de los inmortales, ni las cercanas Ninfas ni Faetonte, que todo lo ve, ni siquiera los ojos de la mismísima Selene, de rostro taurino, pudieron observar aquella unión entre sombras, aquel lecho imperecedero, pues el refugio conyugal fue ceñido por espesas nubes. En seguida, el Sueño, compañero del cortejo de los Amores, lanzó su encantamiento contra los ojos de Zeus. (Trad. de David Hernández).

En las páginas 208-212 de la obra de Motte (1972) se nos ofrece una exhaustiva relación de parejas de dioses y héroes que se sirven de una pradera, de un jardín o de una cueva para realizar el amor. A continuación ofrecemos una lista de las más destacadas, indicando también el autor y la obra que menciona tal unión:

- Zeus-Europa: en Mosco, *Europa*, 89 y ss. y 162 y ss.
- Zeus-Io: Esquilo, *Prometeo*, 647 y ss.
- Zeus-Maya: *Himno homérico a Hermes*, 6 ss., 27 ss. y 227 ss.
- Zeus-Semele: Nono, *Dionisiacas*, VII, 344y ss.
- Posidón-Amímone: Eurípides, *Fenicias*, 187 y ss.
- Hades-Core: *Himno homérico a Demeter*, 5 y ss.
- Dioniso-Ariadna: Nono, *Dionisiacas*, XLVII, 453y ss.
- Dioniso-Aura: Nono, *Dionisiacas*, XLVIII, 577 y ss.
- Dioniso-Nicea: Nono, *Dionisiacas*, XVI, 270 y ss.
- Apolo-Cirene: Píndaro, *Pítica*, IX, 50 y ss.
- Menelao-Helena: Coluto, *El rapto de Helena*, 342-348.
- Jasón-Medea: Apolonio de Rodas, *Argonáuticas*, IV, 1128 y ss.
- Cadmo-Harmonía: Nono, *Dionisiacas*, XIII, 349 y ss.
- Penía-Poros: Platón, *Banquete*, 203b.

En muchos de los jardines pertenecientes a la novela griega y que hemos citado más arriba hay una fuerte conexión entre amor y jardín. En seis de las novelas bizantinas anteriormente citadas se usa el jardín para hacer el amor, al igual que el jardín de *Leucipa y Clitofonte* I, 15 (cf. párrafo 13.c). Por otro lado, un jardín con el nombre de Eros está atestiguado en *Antología Palatina*, IX, 666, 668 y 669, así como XVI, 202. El autor latino Apuleyo, en su *El asno de oro*, V, 1 describe un jardín de Cupido que ve su amada Psique:

Bastante repuesta, se levanta tranquila de su plácido sueño. Ve un bosque de árboles altos y frondosos, ve una fuente cuyas aguas tenían la transparencia del cristal; entre los árboles, y precisamente en el centro del bosque y junto a la corriente del agua, había una mansión real (Trad. de L. Rubio).

Uno de los más famosos jardines eróticos de la literatura griega lo tenemos en las *Cartas* de Alcifrón (libro IV, 13), descrito por una hetaera a una amiga, en el que tuvo lugar una especie de orgía, con acompañamiento de música, comida y bebida, que terminó en relaciones sexuales entre los presentes. Pero como ejemplo de este tipo de jardín hemos seleccionado el que se describe en las *Cartas* de Aristéneto, autor muy tardío de la literatura griega (s. VI d. C.), donde en I, 3 se nos cuenta la relación de unos jóvenes en un jardín:

Comía lleno de placer con Limone en un vergel que despertaba el amor y que cuadraba en especial con la belleza de mi amada. Había allí un frondoso y umbroso plátano, una brisa mesurada, un césped tierno, habituado a florecer en época estival (sobre la pradera nos acostamos como sobre los más lujosos tapices), y al lado muchos árboles preñados de fruta: perales, granados y manzanos de espléndidos frutos, que se diría si se describiera según Homero. Allí mismo estaba la sede de las ninfas otoñales. Pues bien, estaban éstos y otros árboles al lado, de frondosas ramas, productores de toda clase de frutos, como para hacer este amoroso paraje el más aromático. Cogía una de sus hojas y la ablandaba con mis dedos; luego, me la acercaba a la nariz e inspiraba largo tiempo su dulcísima fragancia. Unas parras extensas y muy altas envuelven los cipreses, de forma que tenemos que doblar hacia atrás el cuello mucho para ver los racimos que juntos penden en derredor, de los que unos están maduros, otros empiezan a ennegrecer, otros parecen verdes, otros aún en flor. Pues bien, a los maduros uno trepaba; otro, tras haberse elevado lo suficiente desde el suelo, con la punta de la mano izquierda se cogía con firmeza a la planta encaramado sobre las ramas, mientras con la derecha vendimiaba; otro desde el árbol tendía la mano al campesino que ya estaba entrado en años. El más precioso manantial al pie del plátano deja fluir sus aguas muy frescas, como podía comprobarse con el pie, y tan cristalinas que, nadando al par en el límpido venero y entre mutuos abrazos de amor, todo nuestro cuerpo claramente se deja ver. Pues bien, con todo, sé que más de una vez confundí mis sensaciones por la semejanza de las manzanas con sus pechos; pues una manzana que por las aguas pasaba flotando entre los dos con mi mano cogí, pensando que ésta era un pecho

de mi amada, que es turgente como un membrillo. Así pues, por sí mismo hermoso sí que era el manantial, por las Ninfas del jardín, pero mucho más brillante parecía, porque se había adornado con las más aromáticas plantas y con los miembros de Limone, la que, aun teniendo un rostro extraordinariamente hermoso, cuando se desnuda, debido a la exuberancia de lo de dentro parece, con todo, no tenerlo. Así pues, hermoso es el manantial, pero además es templado el soplo del Céfiro, que suaviza el rigor de la estación y, resonando ligero a la vez que soñoliento y arrastrando consigo gran parte del aroma de los árboles, compite con los perfumes de la que me es la más dulce. Mezcladas estaban las fragancias y regocijaban los sentidos casi de la misma manera; pues por poco vencía el perfume, pienso, porque precisamente era el perfume de Limone. Y además el aliento del aura, por el que también el bochorno del mediodía se había tomado más liviano, le hace armonioso acompañamiento al musical coro de las cigarras. Dulcemente además los ruiseñores volando alrededor de las aguas cantan. Pero además oímos otras aves de dulce trino como si armoniosamente conversaran con los hombres. Y todavía me parece tenerlos ante mis ojos: uno, sobre una roca, posa las dos patas alternándolas; otro refresca sus alas; otro las asea; otro sacó algo del agua; otro a tierra ha agachado la cabeza para coger algo de allí. (Trad. de R. J. Gallé)

16. *El jardín pintado*. El tema del paisaje ideal y el jardín en la pintura ha sido estudiado, entre otros, por Schönbeck (1962, 173-185), quien basándose en la recopilación de pinturas antiguas realizadas por Pfuhl (1923), analiza varios cuadros, como las pinturas pompeyanas conservadas en el Museo Nacional de Nápoles. Hay un texto de Platón donde se plantea la dificultad para un pintor de reflejar en un cuadro aspectos de la naturaleza. En *Critias* 107c-d el personaje que da título al diálogo le plantea a Sócrates que en el caso «de la tierra, las montañas, los ríos, el bosque, todo el cielo y todo lo que se encuentra y se mueve en él», nos agrada si alguien es capaz de imitar algo con un poco de exactitud, ya que, como no sabemos nada preciso de ellos, ni ponemos a prueba lo pintado, nos valemos de un esbozo impreciso y engañoso. No ocurre lo mismo con la pintura de nuestros cuerpos, sobre la que somos jueces muy severos, por conocerlos muy bien, si no ha logrado una semejanza total. A esta dificultad de pintar cuadros de la naturaleza volvemos a encontrar una segunda referencia en la obra de Claudio Eliano, *Historia de los animales* V, 21, donde hablando del pavo real que despliega su plumaje dice que se parece a «un prado florido o a un cuadro que resulta bello por lo abigarrado de los colores y hace sudar a los pintores que quieren representar lo característico de la naturaleza». En la literatura griega antigua hemos encontrado unos cuantos ejemplos de descripción de obras pictóricas que tienen como fondo un paisaje natural. En la novela de Longo, *Dafnis y Cloe*, el protagonista nos advierte en el Preámbulo que, estando de caza en la isla de Lesbos, contempló el más bello espectáculo: una pintura (*cf.* el comentario de O. Schissel, 1913):

Lindo también era el soto, arbolado, florido, con corrientes de agua. Un manantial todo lo nutría, flores y arboleda. Pero más deliciosa era la pintura, por

su arte acabada, por su amorosa peripecia. Tanto que muchos forasteros incluso, acudían a su fama, por devoción a las Ninfas y por el espectáculo del cuadro. (Trad. de M. Briosó).

En la obra de Filóstrato, *Descripciones de cuadros*, que como su título indica es una descripción de cuadros de pintura almacenados en una galería, que el autor va describiendo, hay varias pinturas que contienen paisajes o jardines. Así, por ejemplo, en I, 6, 2 se está describiendo una pintura de unos Amores recolectando manzanas, en donde se dice que «las hileras de altos árboles permiten pasear a placer entre ellos; tan tierno es el césped que bordea los caminos que invita a hacer de él un lecho para tumbarse. De los extremos de las ramas cuelgan manzanas, doradas, encarnadas o amarillas, listas para que el enjambre de Amores las coja». En I, 9, 1, a propósito de un cuadro sobre Marismas, se nos dice:

La tierra está húmeda, cañas y juncos crecen en las marismas «sin semilla y sin arado»; en el cuadro se distinguen también un tamarindo y una juncia: las plantas típicas de las marismas. Alrededor del pantano, una cordillera de montañas altas hasta el cielo, no todas con la misma vegetación: las que están cubiertas de pinos sugieren un terreno ligero, mientras que las otras, exuberantes de cipreses, son sin duda de tierra arcillosa, y aquellos abetos, ¿qué otra cosa pueden indicar sino que se trata de un monte rocoso y de inviernos rudos? Pues los abetos no se dan en terreno de labranza ni les gusta el calor, nacen lejos de las llanuras y crecen más fácilmente en las montañas, expuestos al viento. Las fuentes brotan de las montañas y fluyen hacia abajo vertiendo su agua en la llanura que, inundada, se convierte en marisma; pero no una marisma irregular, como tierra mojada, sin más, sino que, en el cuadro, el fluir de las aguas es como si la naturaleza, lo más sabio de todo, las condujera hasta allí, y, girando en múltiples meandros, ricos en brotes de perifollo, hiciera su travesía entre las aves acuáticas (Trad. de F. Mestre).

En II, 1, se nos describe un cuadro de un coro de muchachas que entonan un himno a una estatua de marfil de Afrodita «en un bosque de tiernos mirtos». El capítulo II, 17 está todo él dedicado a la descripción de pinturas que representan islas, de las que destaca una (II, 17, 10) de la que dice:

La naturaleza uniendo todas estas montañas ha construido esta isla, llena de espesuras y de bosques, donde se cuentan altos cipreses, pinos, abetos, y también cedros; sin duda cada especie de árbol está pintada como es. En su interior, gran cantidad de animales de caza a los que persiguen cazadores de jabalíes y de ciervos, unos armados con lanzas y otros con arcos y flechas (Trad. de F. Mestre).

Pero como ejemplo de descripción de un paisaje pintado hemos seleccionado el siguiente texto que corresponde a la novela de Aquiles Tacio, *Leucipa y Clitofonte*, I, 2, donde el protagonista, mientras pasea por la ciudad de Sidón, dice:

... Veo colgada una pintura con un paisaje a la vez de tierra y mar: el cuadro tenía por tema Europa, el mar era el de Fenicia; la tierra, la de Sidón. En la tierra había un prado y un corro de doncellas. En el mar nadaba un toro y sobre su lomo iba sentada una hermosa joven que en dirección a Creta en el toro navegaba. El prado lucía una melena de abundantes flores, entre las que se entremezclaba una tropa de árboles y matas. La arboleda era espesa, las hojas formaban un techado: las ramas entrelazaban sus hojas, y así esta urdimbre de las hojas se convertía en techumbre de las flores. El artista había pintado hasta la sombra bajo las hojas. Y el sol caía suavemente en chorros dispersos por el prado, en la medida en que el pintor había entreabierto el compacto techo de la fronda de las hojas. Una cerca rodeaba todo el prado y éste se extendía por el interior de la corona de las techumbres. Arriates de flores estaban plantados en hileras bajo las hojas de los arbustos: narcisos, rosas y mirtos. Por medio de la pradera del cuadro fluía agua, tanto brotando de la tierra como derramándose por entre las flores y las matas. Estaba pintado un jardinero empuñando un almocafre, encorvado alrededor de una reguera, abriéndole camino a la corriente Y en el límite del prado, por donde había sobre el mar salientes de la tierra, el artista había puesto a las doncellas. (Trad. de M. Brioso).

17. *El jardín simbólico*. Al menos desde época helenística encontramos en la literatura griega el empleo metafórico de los términos «prado», «pradera» y «jardín» y muchos autores dan nombre a sus obras con títulos como *Leimón* (Pradera), *Kepos* (Jardín), *Parádeisos* (Paraíso), *Pratum* (Prado), *Hortus* (Huerto), etc. Un poeta de epigramas como Meleagro de Gádara (s. I a. C.) recopiló una antología de epigramas que tituló *Guirnalda* o *Corona*, en la que comparaba a cada poeta con una flore: a Ánite con el lirio, a Safo con la rosa, a Simónides con la vid, a Erina con el azafrán, a Alceo con el jacinto, etc. El empleo simbólico del jardín es bastante frecuente en los autores posteriores a nuestra era e influenciados por el cristianismo. Así, Clemente de Alejandría (s. II d. C.) compone una obra que titula *Stromateis* (*Miscelánea*) en donde se compara la filosofía griega con la cristiana, dando mayor relieve a ésta, a la que considera un don divino. Su obra la compara a una Pradera (*Leimon*) y la considera un remedio contra el olvido. En una homilía sobre San Pablo Juan Crisóstomo (s. IV d. C.) emplea la expresión «pradera de las virtudes», que recuerda mucho al «Jardín de la Virtud» (*kepos Aretês*) que encontramos en la *Vida de los Sofistas* de Filóstrato. Se piensa que la mejor descripción de un Jardín de la Virtud se encuentra en *El Banquete* de Metodo de Olimpo (s. III d. C.). Pero la obra clave para este capítulo es una anónima bizantina, *El Jardín simbólico*, que se suele fechar en la mitad del s. XI y que ha sido editada y traducida por M. Thomson (1998). Este escrito es de gran relevancia en la literatura simbólica. En él el autor describe de un modo imaginado las virtudes del alma cristiana. Estas virtudes son las plantas del jardín del espíritu. Al pasear por esta pradera ideal y contemplar la flora que contiene, el discípulo encuentra a cada paso un motivo de edificación. La obra comienza con una descripción del jardín donde crecen las plantas simbólicas. Se habla del jardinero, luego de la calidad de las plantas, del valla-

do del jardín, de la puerta por donde se penetra, así como de la tierra, del agua, del sol y de los vientos, cuya acción combinada hace de este jardín un verdadero paraíso. Luego viene la parte más importante de la obra, con la descripción de varias plantas que el autor toma como medio de expresar el simbolismo. Cada una de estas plantas representa una virtud (salvo la primera que simboliza un vicio):

- Del limonero o de la Pereza (12)
- Del lirio o de la Pobreza (13)
- De la higuera o de la Dulzura (14)
- De la vid o de la Alegría espiritual (15)
- Del granado o de la Valentía (16)
- De la persia o de la Moderación (17)
- De la palmera o de la Justicia (18)
- Del estoraque o de la Oración (19)
- Del olivo o de la Misericordia (20)
- De la zarzaparrilla o de la Ciencia (21)
- Del espino o de la Suminión (22).

El autor de *El Jardín Simbólico* reconoce desde el primer capítulo que se ha servido de una obra anterior que tenía por título *Jardín espiritual*, que se nos ha perdido. Pero conocemos, al menos, tres obras bizantinas que también llevan el nombre de «jardín» o «prado» y que pudieron servir de inspiración al anónimo de *El Jardín simbólico*. Una es *El Prado espiritual*, de Juan Mosco (s. VI d. C.), que se puede consultar en la edición de R. Maisano, ed. D'Auria, Nápoles, 1983. La segunda es del monje estudita, Nicetas Stéthatos (s. XI d. C.) y lleva por título *El Paraíso espiritual* (editado por M. Chalendar, en la Colección «Sources Chrétiennes», París, 1944). La tercera es un poema alegórico del s. XIII, debido a la mano de un tal Meliténiotes, que representa un jardín imaginario con muchas relaciones con el anónimo *El Jardín Simbólico*. Aquí se describe un «paraíso» bajo la soberanía de la Sabiduría, y tiene puerta, cercados, un río, un puente, animales, frutos, flores, árboles, arbustos y bestias imaginarias como sátiros (cf. M. Thomson, 1998, 19). A estas obras escritas en griego podríamos agregar la escrita en latín por Herrade, la abadesa de Santa Odilia, que en el siglo XII compuso su *Hortus deliciarum*, en donde recopila, bajo el emblema de las más bellas flores, todo cuanto se puede hablar del Salvador, de su Madre y de los Santos.

18. *El jardín privado y real*. Con este título no queremos decir que los jardines citados hasta aquí sean todos imaginarios o literarios. Muchos de ellos son también jardines auténticamente históricos. Pero en este párrafo queremos hacernos eco de unas cuantas noticias que hacen referencia a jardines reales. He aquí una pequeña selección:

- Un jardín en la ciudad de Batne en Antioquía: Juliano, *Carta* 98.

- Un jardín en la ciudad de Dafne: Libanio, *Discurso*, XI, 230-240.
- Descripción del famoso Valle de Tempe: Claudio Eliano, *Historias Curiosas*, III, 1.
- Jardín de Ptolomeo Filopator: Ateneo, *El banquete de los eruditos*, V, 196 y ss.
- Jardines de Hierón de Siracusa: Ateneo, *Idem*, V, 207 d y ss.
- Jardines de Gelón: Ateneo, *idem*, XII, 542 a y ss.
- Jardín de Dioniso el Viejo en Regio: Teofrasto, *Historia de las plantas*, IV, 5, 6-7.
- Jardines de Atenas: Pausanias, *Descripción de Grecia*, I, 19, 2.

Como modelo de este tipo de jardín hemos escogido dos ejemplos:

- a) Uno corresponde al llamado jardín de Safo que describe en el siguiente fragmento:

Ven aquí, hasta mí, desde Creta a este templo  
 puro donde hay un bosque placentero  
 de manzanos y altares perfumados  
 con incienso humeante.  
 Aquí murmura un agua fresca entre la enramada  
 de manzanos, procuran los rosales  
 sombra a todo el recinto; de las hojas, mecidas,  
 fluye un sueño letárgico.  
 Aquí verdece un prado donde pacen caballos  
 con flores de estación. Las brisas soplan  
 con olores de miel. (Trad. de A. Luque)

- b) El otro es el bellísimo canto del Coro del *Edipo en Colono* (versos 669-706), de Sófocles, que es todo un canto a la localidad de Colono, una aldea próxima a Atenas:

Has llegado, extranjero, a esta región de excelentes corceles, a la mejor residencia de la tierra, a la blanca Colono, donde más que en ningún otro sitio el armonioso ruseñor trina con frecuencia en los verdes valles, habitando la hiedra color de vino y el impenetrable follaje poblado de frutos de la divinidad, resguardado del sol y del viento de todas las tempestades. Allí siempre penetra Dioniso, agitado por báquico delirio, atendiendo a sus divinas nodrizas.

Aquí, bajo el celeste rocío, florece un día tras otro el narciso de hermosos racimos, antigua corona de las dos grandes diosas, y el azafrán de resplandores de oro. Y las fuentes que no descansan, las que reparten las aguas del Céfiro, no se consumen, antes bien, cada día sin dejar uno, corren fertilizando con rapidez en inmaculada corriente por los llanos de esta espaciosa tierra. Y no la detestan los coros de las Musas ni Afrodita la de las riendas de oro.

Existe un árbol cual yo no tengo oído que haya brotado nunca en la tierra de Asia ni en la gran isla dórica de Pélope, árbol indomable que crece espontáneamente, terror de las lanzas enemigas, que abunda en esta región por doquier: el glauco olivo que alienta a nuestros hijos. Ni un joven, ni quien se encuentra en la vejez, podría destruirlo aniquilándolo con violencia. Pues el ojo vigilante de Zeus



protector de los olivos, lo observa siempre así como Atenea, la de brillante mirada. (Trad. de A. Alamillo).

19. *El jardín insular*. Hemos dejado para el final de nuestra intervención un conjunto de referencias, en la literatura griega mayormente, a paisajes idílicos situados en islas oceánicas, muchas de ellas en el Océano Atlántico. Lo hacemos en honor de esta isla de Madeira, sede de nuestro Congreso, toda ella un auténtico jardín insular. Jardines en isla ya hemos mencionado unos cuantos, como los citados jardines homéricos o los descritos en los cuadros de pintura sobre islas en la obra de Filóstrato, *Descripciones de cuadros*. Pero al lado de éstos hay otras noticias que nos hablan de islas en las que predomina una visión paradisíaca que las convierte en auténticas «islas-jardines». De estas islas mencionaremos aquí las siguientes:

- a) En su *Vida de Sertorio*, 8.1.-9.1, Plutarco nos describe dos islas atlánticas en los siguientes términos:

Cuando el viento amainó, fue llevado a un grupo de islas dispersas, desprovistas de agua, donde pasó la noche. Después, haciéndose de nuevo a la mar, atravesó el estrecho de Gades y alcanzó la costa exterior de Iberia a su derecha, un poco más al norte de la desembocadura del Betis, que vierte sus aguas en el océano Atlántico y que ha dado su nombre a la región de Iberia que atraviesa. Allí se encontró con unos marineros que volvían recientemente de las islas atlánticas: éstas son dos, separadas por un brazo de mar muy estrecho; están situadas a diez mil estadios de Libia y son llamadas Islas de los Bienaventurados. Las lluvias son moderadas y poco frecuentes, pero estas islas gozan la mayor parte del año de unos vientos dulces y provistos de rocío, lo que hace que estas tierras no sólo sean fértiles y ricas para el arado y las plantaciones, sino que también produzcan un fruto natural que, por su abundancia y su dulzor, basta para alimentar sin dificultad y esfuerzo a una población ociosa. El aire que sopla en estas islas es saludable, debido a las imperceptibles diferencias de temperatura que se producen al cambiar las estaciones. Porque los vientos del norte y del este que soplan de nuestro continente, como tienen que atravesar un espacio vastísimo a causa de esa misma distancia, se difuminan y pierden su fuerza antes de llegar a las islas; mientras que los vientos del sur y del oeste, que envuelven sus costas, a veces traen de la mar lluvias suaves e intermitentes, y, con mayor frecuencia, una brisa humectante que refresca la tierra y la alimenta dulcemente. Por esta razón existe la firme creencia incluso entre los bárbaros de que en aquel lugar se encuentran los campos Eliseos y la morada de los Bienaventurados que cantó Homero. (Trad. de M.<sup>a</sup> A. Ozaeta).

- b) En su *Biblioteca histórica*, V, 19, Diodoro de Sicilia nos describe otra isla atlántica, cuya identificación ha sido muy debatida:

Dado que hemos tratado de las islas situadas aquende las Columnas de Heracles, nos referiremos ahora a las que se encuentran en el océano. Situada fren-

te a Libia, en alta mar, hay una isla de considerable extensión; al encontrarse en el océano, hacia occidente, dista de Libia algunos días de navegación. Tiene una tierra fértil, siendo una gran parte montañosa y otra no pequeña una llanura de extraordinaria belleza. Está recorrida por ríos navegables que la riegan, y posee muchos parques con plantaciones de todo tipo de árboles y un gran número de jardines atravesados por corrientes de agua dulce. En ella hay asimismo villas lujosamente construidas, y en los jardines se han edificado locales en un entorno florido para celebrar banquetes, en los que los habitantes se entretienen durante la estación estival, pues la tierra proporciona generosamente todo lo que contribuye al disfrute y al lujo. La zona montañosa tiene espesos bosques de gran extensión, árboles frutales de todas clases, cañadas y numerosas fuentes que invitan a la vida en los montes. En suma, esta isla está regada por corrientes de agua dulce que no sólo proporcionan un goce placentero a quienes viven en ella, sino que también contribuyen a la salud y a la fortaleza de sus cuerpos. Hay abundante caza de animales y fieras de todas clases; y disponiendo de copiosa caza en sus banquetes, a los nativos no les falta nada de lo que conviene al lujo y a la vida regalada, pues el mar que baña la isla también tiene gran cantidad de peces, debido a que el océano, por naturaleza, está lleno por todas partes de peces de todas las especies. En suma, esta isla, que goza de un clima muy templado, produce, durante la mayor parte del año, abundancia de frutos y de los otros productos estacionales, de modo que, por su extraordinaria felicidad, parece que sea morada de dioses y no de hombres. (Trad. de J. J. Torres).

- c) En un pasaje del Pseudo-Aristóteles (84) se hace referencia a otra isla atlántica, también muy discutida en cuanto a su identificación:

En el mar fuera de las Columnas de Heracles afirman que fue descubierta por los cartagineses una isla desierta, que tenía vegetación de todas clases y ríos navegables y que era sorprendente por el resto de sus frutos, a una distancia de navegación de muchos días. Y como los cartagineses acudieran a menudo a ella a causa de su abundancia, e incluso algunos de hecho la habitaron, los dirigentes de los cartagineses anunciaron que castigarían con la muerte a los que pensasen navegar hacia ella, y aniquilaron a todos sus habitantes, para que no propagaran la noticia, no fuera a ser que una multitud se fuera congregando en la isla y se hiciera dueña de ella y arrebatara la prosperidad de los cartagineses. (Trad. de F. J. Gómez Espelosín)

- d) Otra isla atlántica es la que se describe en textos latinos relacionados con el monje irlandés San Brandán, de donde deriva el tema canario de la Isla de San Borondón (cf. M. Martínez, 2004). Seleccionamos el siguiente pasaje, en el que se describe una isla que se califica como Isla del Paraíso (el texto pertenece a la edición de M. J. Lemarchand, 1986, p. 57-58):

De hermosos bosques y ríos ven colmada aquella tierra. Los prados son verdaderos jardines, floridos con perenne hermosura —como en santas moradas, las flores exhalan dulces fragancias—, con árboles espléndidos, preciosas flores y frutas de deliciosos perfumes. Ni cardos, ni zarzales, ni ortigas pueden prosperar:

entre los árboles y las plantas no hay nada que no difunda dulzura. Árboles y flores a diario crecen y dan sus frutos, sin que les retrasen las estaciones: allí cada día reina un suave verano, cada día florecen los árboles y se van cargando de fruta, cada día están los bosques repletos de venado, y todos los ríos, de sabroso pescado. Fluyen ríos de leche y todo derrama abundancia. Con el rocío caído del cielo, manan mieles de los juncales. Como si fuera un inmenso tesoro, se alza una montaña, toda ella derroche de oro y piedras preciosas. Allí brilla el sol con eterno esplendor, porque al aire no llega ninguna nube que al sol robe claridad y ni vientos ni brisas remueven el cabello. Quien allí habite no padecerá ninguna pena, ni conocerá ninguna cosa hostil: ni galerna, ni calor, ni frío, ni congoja, ni hambre, ni sed, ni penuria. Tendrá tal abundancia de riquezas que sobrepasarán su apetencia; tampoco las podrá perder porque son seguras, y las tendrá dispuestas a diario.

- e) En la *Biblioteca histórica*, III, 68 de Diodoro de Sicilia se describe así la ciudad de Nisa, en una isla del río Tritón:

Entonces Amón, temeroso de los celos de Rea, ocultó lo sucedido y trasladó a escondidas al niño a una ciudad, Nisa, muy apartada de aquellos lugares. Está situada ésta en una isla rodeada por el río Tritón, acantilada en derredor pero dotada, en un único lugar, de estrechas entradas que se denominan Puertas Nisias. Existe en ella un territorio fértil cruzado de suaves prados y jardines, regado con aguas abundantes, y árboles frutales de todas clases y mucha viña espontánea, y la mayoría de ella, trepadora. Todo el lugar es aireado y también sano en extremo; por ello, los habitantes del mismo son más longevos que sus vecinos. La entrada de la isla es primero como un desfiladero, sombreada por altos y espesos árboles, de manera que el sol no brilla en absoluto a causa del ramaje y sólo se ve el resplandor de su luz. (Trad. de F. Parreu).

- f) En la misma obra (V, 43) se describe así la llamada isla Panquea del Océano Índico:

La llanura que circunda el templo está cubierta de árboles de todo tipo, no sólo de frutales, sino también de los otros que constituyen un deleite para la vista; hay muchos cipreses de tamaño extraordinario, plátanos, laureles y mirtos, dado que el lugar está lleno de cursos de agua. Cerca del santuario brota de la tierra una fuente de agua dulce de tal caudal que da origen a un río navegable. Desde este río el agua se distribuye a muchas partes de la llanura y, al regarlas, por toda la zona del llano crecen continuos bosques de altos árboles, en los que mucha gente se entretiene en el periodo estival y donde hacen sus nidos una multitud de pájaros de todas clases y de diversos colores que con su canto procuran un gran deleite. También hay jardines de todo tipo y muchos prados con variedad de plantas y flores, de suerte que por el esplendor divino de su aspecto el lugar parece digno de los dioses indígenas. Había asimismo palmeras de enormes troncos, extraordinariamente fructíferas, y muchos nogales que ofrecían a los habitantes del lugar el magnífico goce de sus frutos. Además de esto, crecían muchas vides de diverso tipo,

que, guiadas hacia arriba y diversamente entrelazadas, ofrecían una vista agradable y proporcionaban el más inmediato goce de la estación. (Trad. de J. J. Torres).

20. Es hora ya de extraer algunas *conclusiones*. Como se ha podido comprobar en los párrafos anteriores, la literatura griega antigua es muy rica en descripciones de jardines, parques, paisajes y parajes amenos de todo tipo. Ello se pone de manifiesto ya por la propia terminología empleada para tales conceptos, en la que destacan vocablos como *kêpos*, *leimón*, *témenos*, *álsos*, *órchatos*, *chórtos*, *aloé*, *nomós* y *parádeisos*. El concepto que, a nuestro entender, los engloba a todos es el de *locus amoenus*, al que definimos como ese paraje placentero en el que no puede faltar una sombra, un árbol (o grupo de árboles), una fuente o arroyo que refresque y una alfombra de yerba donde reclinarsse. La descripción de un *kêpos* fue objeto de la *Retórica* antigua y tenemos pasajes de Hermógenes o Libanio en los que se describen jardines y los elementos que debiera contener tal descripción. Un texto muy relevante a este respecto es el que citamos de una obra bizantina del siglo X: *Geopónica*, X, 1. Diversos autores han postulado una tipología de jardines en la literatura griega antigua, entre lo que destacamos a M. V. Ferriolo. No obstante, la clasificación que hemos propuesto en páginas anteriores, pensamos que mejora en muchos aspectos las que hasta ahora se han hecho. Empezamos nuestra tipología con el *jardín oriental*, en el que recogemos las noticias referidas a los jardines egipcios, persas y babilónicos, los primeros jardines de la historia. Los jardines persas nos son conocidos sobre todo por Jenofonte, quien nos ofrece varios casos de tales jardines, como los de Ciro y Tisafernes. Los jardines orientales más famosos fueron los llamados Jardines Colgantes de Babilonia, una de las Siete Maravillas del Mundo Antiguo, de los que presentamos hasta cinco detalladas descripciones en nuestro trabajo: las de Filón de Bizancio, Diodoro de Sicilia, Estrabón, Flavio Josefo y Quinto Curcio. El segundo jardín que presentamos es el *jardín homérico*, el primer tipo de jardín propiamente dicho de la literatura griega. Se trata de un jardín muy frecuente en la *Odisea*, donde destacan especialmente tres: el jardín de Alcínoo, el jardín de Laertes y la gruta de Calipso. El jardín consagrado a los dioses, al que hemos denominado *jardín sagrado*, tiene un término específico para su denominación: *témenos*. Es un tipo de jardín muy abundante en nuestra literatura, en la que casi todos los grandes dioses aparecen con su recinto sagrado: citamos los de Zeus, Hera, Demeter, Posidón, Apolo, Atenea, Perséfone, Hebe, Artemis, Hermes, etc. De estos jardines sobresale el de Afrodita, del cual tenemos varios testimonios, de los que aquí resaltamos el de Luciano, *Amores*, 12. El cuarto tipo que proponemos es el *jardín del Más Allá*. En la literatura griega el lugar imaginario adonde se va después de la muerte (o incluso antes de morir) reviste cuatro modalidades: Hades, Prado de Asfódelos, Campos Elisios e Islas de los Bienaventurados (en latín Islas Afortunadas). El *jardín del Más Allá* tiene que ver, pues, con la Religión, mientras que el siguiente tipo que proponemos, el *jardín mítico*, se relaciona con el Mito. En este apartado proponemos una serie de ejemplos, de los que

seleccionamos los del bíblico *Jardín del Edén*, los parajes del mito de la Edad de Oro, el jardín de las Hespérides, los Jardines de Adonis y el Jardín de Electra, la Pléyade de la isla de Samotracia. Un aspecto que consideramos interesante en este tipo de jardín es el origen mítico de algunos de sus componentes, como el álamo, el ciprés, laurel, hiedra, azucena, pino, rosa, etc. Nuestro sexto tipo es el *jardín filosófico*, que responde al tipo de paraje que todas las escuelas filosóficas griegas tenían para sus paseos de maestros y discípulos. El más famoso de éstos fue el de la Academia de Platón, del que tenemos un testimonio en el *Fedro* (230 b-c). Famosos fueron también los de Epicuro. Por *jardín bucólico* entendemos el tipo que tiene que ver con el concepto de «Arcadia feliz», tal como se describe en la poesía bucólica. Tenemos ejemplos de este tipo en muchos de los *Idilios* de Teócrito y en epigramas de la *Antología Palatina*. Un octavo tipo lo tenemos en el *jardín helenístico-imperial*, con el que pretendemos referirnos al tipo de jardín de la literatura griega comprendida entre los siglos III a. C. y III-IV d.C. Es el jardín que encontramos fundamentalmente en la novela griega, sobre todo en Longo y Aquiles Tacio. Ejemplos característicos de este tipo de jardín son los de *Filetas* y *Lamón* en Longo y el de *Leucipa* y *Clitofonte* I, 15. Denominamos *jardín bizantino* al que encontramos en los poemas y novelas de tipo caballescico de la época bizantina. Este jardín es un tópico muy empleado en novelas como *Rodante* y *Dosicles*, *Drosila* y *Caricles*, *Calímaco* y *Crisórroe*, *Viltandro* y *Crisantza*, *Livistro* y *Rodamna*, *Digenes Akritas*, etc. En nuestro trabajo citamos unos cuantos ejemplos de esta clase de jardines. Hemos definido a este jardín como un «jardín romántico», dado que en la mayoría de los casos es el jardín el marco idóneo para la culminación del amor. Esto nos conduce a nuestro siguiente tipo de jardín: *el jardín erótico*. Servirse del jardín como el espacio más idóneo para las relaciones eróticas es un motivo que se documenta por primera vez en Homero, *Iliada* XIV, 347 y ss, en un paisaje en donde se nos describe la realización del amor entre Zeus y Hera, episodio que es luego recreado ampliamente por Nono, en *Dionisiacas* XXXII, 83-98. Hay un amplio número de parejas divinas que usan el jardín para sus relaciones amorosas. Como ejemplo de este tipo ofrecemos el caso del jardín descrito en Aristéneto, *Cartas*, I, 3. Entendemos por *jardín pintado* al tipo descrito en los cuadros de pintura, tal como encontramos en Filóstrato, por ejemplo, o en la novela *Leucipa* y *Clitofonte*, I, 2. El tipo de *jardín simbólico* responde a una obra anónima bizantina del mismo nombre, que utiliza la alegoría del jardín y sus elementos para definir las virtudes del Cristianismo. Hay otras obras del mismo tipo que tienen como título *Jardín espiritual*, *Prado espiritual*, *Paraiso espiritual*, *Hortus deliciarum*, etc. En un penúltimo tipo hablamos de *jardín privado y real*, para referirnos a aquellos jardines históricos pertenecientes a determinadas personalidades históricas, como los jardines de Ptolomeo Filopator, Hierón de Siracusa, Dionisio el Viejo, etc. Aquí incluimos también jardines como los que describen Safo o Sófocles, referidos a Colono. Por último, cerramos nuestra tipología con el llamado *jardín insular*, con el que queremos referirnos a jardines ubicados específicamente en

islas, o mejor dicho, para referirnos a islas que son todas ellas auténticos jardines, como ocurre, por ejemplo, con las islas que nos cita Plutarco, en su *Vida de Sertorio*, las islas que nos describe Diodoro de Sicilia, o la isla del Paraíso, en el *Viaje de San Brandán*.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- A.A.V.V. (1989), «Garten», en *Der Neue Pauly*, vol. IV, col 786-793.
- AMSTRONG, J. (1969), *The Paradise Myth*, Oxford.
- AÑÓN FELIU, C., (1995), *Jardines y paisajes en el Arte y la Historia*, Madrid.
- (1996), *El lenguaje oculto del jardín: jardín y metáfora*, Madrid.
- ASSUNTO, R. (1991), *Ontología y teología del jardín*, Madrid.
- ATALLAH, W. (1966), *Adonis dans la littérature et dans l'art grecs*, París.
- BARIDON, M. (2004), *Los jardines. Paisajistas. Jardineros. Poetas*, Madrid.
- BAZIN, G. (1990), *Paradisios: Historial del jardín*, Barcelona.
- BRODERSEN, K. (1992), *Reiseführer zu den Sieben Weltwundern*, Insel Verlag.
- CARROLL, SPILLECKE, M. (1989), *Kepos. Der antike griechische Garten*; Munich.
- (1992), «The Gardens of Greece from Homeric to Roman times», *Journal of Garden History*, 12.2., pp. 84-101.
- (ed.) (1992), *Der Garten von der Antike bis zum M.A.*
- CHARAGEAT, M. (1962), *L'art des jardins*, París.
- CICCHITI, V. (1960), «El paisaje en Teócrito», en *Revista de Estudios Clásicos*, VII, pp. 81-107.
- CLAYTON, P. A. (1989), *The Seven Wonders of the ancient World*, Londres.
- CLIFFORD, D. (1970), *Los jardines. Historia, trazado, arte*, Madrid.
- CONCA, F. (ed. 1994), *Il romazo bizantino del XII secolo*, Turín.
- CONRAN, P. – PEARSON, D. (1998), *El jardín: paisaje y diseño*, ed. Blume.
- CUPANE, C. (1974), «Eros Basileus. La figura de Eros nel romazo bizantino d'amore», *Atti. Acc. Sc. e Lett. di Palermo*, 33, p. 243-297.
- CURTIUS, E.R. (1955), *Literatura europea y Edad Media Latina*, vol. I., Mexico.
- DELUMEAU, J. (2004), *Historia del Paraíso*, 2 vols., ed. Taurus, Madrid.
- DETIENNE, M. (1972), *Les jardins d'Adonis. La mythologie des aromates en Grèce*, París; hay traducción española, ed. Akal, Madrid, 1983.
- DIEZ DE VELASCO, F. (1998), «El Jardín de las Hespérides: mito y símbolo», en su libro *Lenguajes de la Religión*, ed. Trotta, Madrid. pp. 75-129.
- (1999), «El jardín de las Hespérides», en *Gran Enciclopedia Canaria*, vol. VII, Ediciones Canarias, Tenerife, pp. 1857-1858.
- DUVAL, J. (1980), *Les Jardins suspendus de Babylone*, Ginebra.
- ELKINS, J. (1993), «On the conceptual analysis of gardens», en *Journal of Garden History*, 13.4, pp. 189-198.
- ELLIGER, W. (1975), *Die Darstellung der Landschaft in der griechischen Dichtung*, Berlín.
- ELOY, E. (1948), *Le paysage dans les idylles 7 y 1 de Théocrite*, Lovaina.
- ESTÉVANEZ CALDERÓN, D. (1996), *Diccionario de términos literarios*, Madrid.
- FERRIOLO, M.V. (1989), «Homer's Garden», *Journal of Garden History*, 9, pp. 86-94.
- (1992), *Giardino e filosofia*, Milán.
- FOREHAND, W. E. (1976), «Symbolic Gardens in Longus' *Daphnis and Chloe*», *Eranos*, 74, 103-112.

- GOTHEIM, M. L. (1913), *Geschichte der Gartenkunst*, 2 vols., Jena.
- GRIMAL, P. (1957), «Les Jardin de Lamon à Lesbos», *Revue Archéologique*, 49, pp. 211-214.
- (1969), *Les Jardins romains*, París.
- GYSELEN, R. (ed.) (1991), *Jardins d'Orient*, Res Orientales III.
- HAUTECOEUR, L. (1959), *Les Jardins des Dieux et des Hommes*, París.
- HUGONOT, J.C. (1989), *Le Jardin dans l'Egypte ancienne*, Berna-París.
- J. PREST, (1981), *The Garden of Eden*, Yale Press.
- LAFAYE, G. (1969), «Hortus», en CH. Daremberg (ed.), *Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines*, vol. III, pp. 276-293.
- LARA PEINADO, F. (1985), *Las siete maravillas de la Antigüedad*, Cuadernos de Historia 16, n.º 228, Madrid.
- LEMARCHAND, M. J. (1986), *Benedeit. El Viaje de San Brandán*, ed. Siruela, Madrid.
- LITTLEWOOD, A. R. (1979), «Romantic Paradise: the Rôle of the Garden in the Byzantine Romance», en *Biz. Med. Gr. St.*, V, pp. 95-114.
- MALLAS, J. (1969), *Las siete maravillas de la Antigüedad*, Barcelona.
- MARTÍNEZ, Marcos (1992), *Canarias en la Mitología*, ed. CCPC, Tenerife.
- (1995), «Campos Elisios», en *Gran Enciclopedia Canaria*, vol III, Canarias, pp. 752-754.
- (1997), «Islas Afortunadas», en *Los símbolos de la identidad canaria*, Madrid, pp. 373-377.
- (2004), «Los significados de San Borondón», en *Anuario del Instituto de Estudios Canarios*, 47, pp. 197-210.
- MEANA, J. J. (1998), *Geopónica o extractos de agricultura de Casiano Baso*, Madrid.
- MORFORD, M. (1987), «The Stoic Garden», *Journal of Garden History*, 7, pp. 151-175.
- MOTTE, A. (1963) «Le pré sacré de Pan et des Nymphes dans le Phèdre de Platon», *LAC*, 32 (1963), 460-76.
- (1972), *Prairies et Jardins de la Grèce Antique*, Bruselas.
- PÁEZ DE LA CADENA, F. (1995), «El jardín de los filósofos», en el libro de Añón (1995), pp. 2309-328.
- PARRY, A. (1957), *Landscape in Greek Poetry*, Londres.
- PARTIN, H. B. (2005), «Paradise», en *Encyclopedia of Religion*, vol. 10, 2.ª edición, pp. 6981-6986.
- PÉREZ PAREJO, R. (2002), «Poética del jardín: del *locus amoenus* al jardín novísimo», en su libro *Metapoesía y crítica del lenguaje*, Cáceres, pp. 366-380.
- PFUHL, E. (1923), *Malerei und Zeichnung der Griechen*, 3 vols., Munich.
- PICARD, Ch. (1938), «Jardins sacrés», en *Revue d'Archéologie*, XII, pp. 245-247.
- PREST, J. (1987) «Gardens», en *Encyclopedia of Religion*, ed. M. Eliade, Nueva York, vol. V, pp.487-489.
- RAMÍREZ, J. A. (1983), *Construcciones ilusorias*, Madrid.
- ROHDE, E. (1960) *Der griechische Roman und seine Vorläufer*, Hildesheim.
- RUBÍO Y TUDURÍ, N.M. (1981), *Del Paraíso al jardín latino*, Barcelona.
- SCHISSEL, O. (1913), «Die Technik des Bildeinsatzes», *Philologus*, 72, pp. 83-114.
- (1942), «Die Byzantinische Garten. Seine Darstellung in gleichzeitigen Romanen», en *Sitzungsberichte d. Akad. Wiss. in Wien, Philol. hist. Kl.*, 221, 2, pp. 5-26.
- SCHNEIDER, C. (1972), «Garten», en *RAC*, vol. VIII, pp. 1048-1061.
- SCHÖNBECK, G. (1962), *Der locus amoenus von Homer bis Horaz*, Heidelberg.
- SEGURA MUNGUÍA, S. (2005), *Los Jardines en la Antigüedad*, Bilbao.
- SNELL, B. (1965), «Arcadia: el descubrimiento de un nuevo paisaje espiritual», en su libro *Las fuentes del pensamiento europeo*, Madrid, 395-426.
- THESLEFF, H. (1986), «Notes on the Paradise myth in ancient Greece», *Temenos*, 22, pp. 129-39.

- THOMSON, M. H. (1998), *El jardín simbólico*, Barcelona.
- VAN ERP-HONTEPEN, A. (1986), «The etymological origin of the garden», *Journal of Garden History*, 6, pp. 227-31.
- VELASCO LÓPEZ, M.<sup>a</sup> Henar (2001), *El paisaje del Más Allá. El tema del prado verde en la escatología indoeuropea*, Universidad de Valladolid.
- WILKINSON, A. (1998), *The Garden in Ancient Egypt*, Londres.
- ZANGHERI, L.(2003), *Storia del giardino e del passaggio. Il verde nella cultura occidental*, H: D7(09)-12 ZAN.